

BOLSIBROCC BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

maestro en trampas

Frank McFair



MAESTRO EN TRAMPAS

SS Nº 1119

Autor: Frank Mcfair

UUID: aa463158-3fb3-42c2-b732-5c3acbf104bc

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LESLIE ANDOVER abrió la puerta de su departamento. La llamada del timbre le había sorprendido mientras estaba en la ducha. Con una toalla arrollada a la cintura, parecía una estatua caprichosa. El sol de los quince días pasados en Florida aún no había tenido tiempo de palidecer en su piel.

—Hola, Les.

El hombre era de alta estatura, pero no de fuerte complexión. Su cara, congestionada como si hubiera bebido mucho. Sus ropas, caras, pero en estado de abandono, como si hubiera dormido con ellas. Se apoyaba en el quicio de la puerta.

—Just Stone. Bueno, esto es una sorpresa. Pasa.

Justin Stone entró. Se tambaleaba al andar.

—Por Dios, Les, ¿tienes algo de beber?

Leslie fue a la cocina, sacó una botella de cerveza del frigorífico y la abrió. Se la presentó.

—¿No tienes algo más fuerte, Les?

Leslie movió la cabeza negativamente. Había una botella de whisky, pero la cara de su amigo le disuadió de sacarla.

—Está bien. A falta de otra cosa...

Se bebió la botella de un trago. Les le miraba atentamente. Las ropas de Justin estaban manchadas, además de arrugadas.

—Te estarás preguntando..., eso; te estarás preguntando...

—Deja eso. ¿Quieres otra cerveza?

Just movió la cabeza negativamente. Sus ojos erraron durante unos instantes por la habitación. Libros, algún cuadro, el televisor y

un par de sillones. Todo ello daba una sensación de comodidad tranquilizante. Las luces eran indirectas.

—Les, estoy en un maldito lío.

—Fúmate un cigarrillo y cálmate.

—¡Por el amor de Dios, cálmate! Eso es lo que he estado diciéndome a mí mismo, pero como si se lo dijera al perro del vecino. No es calma lo que necesito, sino... ayuda. Bueno, alguien que me ayude. Por el diablo, Les, eso es lo que necesito; alguien que me ayude.

—¿Puedes esperar a que me vista?

Justin hizo un vago gesto con la mano. Leslie pasó a su dormitorio, cogió un pijama y una bata y se los puso.

—¿Te ibas acostar?

—Ahora.

—Lo siento, Les...

—No te preocupes. Toma un cigarrillo.

Fumaron un instante, en silencio.

—Les, si tú no me echas una mano...

—¿Puedes hablar ya?

—Yo... Yo creo que sí. Les, he estado bebiendo para tomar fuerzas.

—Se ve, muchacho.

—Y, maldición, estuve repasando a quién podía pedir ayuda y...

Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación. Tropezó con uno de los sillones y estuvo a punto de caer al suelo. Se enderezó.

—Les, creo que..., creo que he matado a un tipo.

—¿Lo crees?

—No, maldición, es una forma de hablar. Lo he matado.

—¿A quién, Just?

—A un tipo... Les, tú eres amigo mío, ¿verdad?

—Tú fuiste quien se apartó, Just, no yo.

—Lo sé, lo sé, no es éste... el mo..., el momento de restregármelo por la maldita cara.

—No te restriego nada. Digo que fuiste tú quien se apartó.

—Yo... Yo creí que... ¡Oh, diablos, no sé ni lo que creía!

—Tal vez yo sí. El dinero, Just. Tenías demasiado.

—Te... Tenía, ésa es la palabra. Ahora no tengo ni para... Oh, dejémoslo. El caso es que he matado a un tipo. Y tú tienes que ayudarme.

—¿Tengo, Just?

Justin Stone fijó en él los enrojecidos ojos.

—¿No lo harás, Les?

—No lo sé, depende. ¿A quién has matado? ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Pues... eso precisamente es lo que quería hacer. Pero... diablos, no sé ni por dónde empezar.

—Por el principio, quizá.

La voz de Leslie no había perdido su suavidad. Pero había en ella un leve comienzo de impaciencia. Justin

Stone estaba demasiado borracho para darse cuenta de ello.

—Lo encontré con Were. Abrazándola como..., como un cerdo. Me lancé sobre él, pero estaba demasiado bebido. Me golpeó y me lanzó al suelo, mientras se reía, el maldito cerdo. Were... Were se reía también. Entonces saqué la pistola. Were gritó, pero yo disparé. No quería matarlo, Les, palabra, pero el caso es que lo vi caer como un saco y Were comenzó a gritar diciendo que lo había matado.

—¿Dónde fue eso, Just?

—¿Dónde? Pues en el apartamento de Were, naturalmente.

—Naturalmente —repitió Les—. ¿Quién era el hombre? ¿Lo conocías?

—¿Que si lo conocía? Pues... ¿no te lo he dicho? Oh, no es cierto, no te lo he dicho. No sé ni dónde tengo la condenada cabeza. Era Tress.

—¿Tress? —preguntó pacientemente Leslie.

—Sí, diablos, Tress. Este, escucha..., ¿de veras que no tienes nada más fuerte de beber?

—No. Sigue, por lo que más quieras si es que puedes. ¿Quién es Tress? Recuerda que me estás hablando de gente que no conozco, ¿quieres?

—Es... Era mi socio.

Leslie encendió un nuevo cigarrillo. El también sentía deseos de

beber, pero no quería sacar la botella.

—Prueba de nuevo, Just. No sabía que tuvieras un socio.

—Oh, sí, yo... Tress, yo y otros nos habíamos asociado para explotar unos terrenos para edificar en ellos. Y... Pero es una historia un poco larga.

—Escucha, Just, escucha atentamente: ¿Llamaste a la policía?

—Diablos, no.

—¿Por qué?

—Porque... Porque... ¿Lo dices en serio? No quiero que me detengan, que me metan en la cárcel.

—Es lo que se hace con los que han matado a alguien, sí.

Justin se puso en pie. Sus ojos brillaban.

—Les, tú eres..., eras mi amigo. ¿Cómo puedes decir...?

—Se hace siempre, Just.

—Bueno, pues no la llamé, eso es todo.

Ahora su actitud era desafiante. Leslie Andover lo recordaba bien. El niño mimado. El hijo del dueño de una cadena de ferreterías que le proporcionaban ganancias de seis cifras todos los meses. El joven que siempre encontraba a alguien que pasara por él los exámenes, pagando tanto que pocos podían negarse. El que llevaba en sus coches deportivos europeos a las chicas más hermosas, y el que a los diecisiete años fue obligado a pagar un subsidio de paternidad. El tipo que creía que todo le estaba permitido.

—Hiciste mal.

—Lo hice, bueno, por Dios; no quiero verme en la cárcel.

—¿Y estás seguro de que no la ha llamado esa mujer?

—¿Were? No lo sé, no puedo saberlo. Se encerró en su cuarto, gritando que llamaría a la policía si yo intentaba algo contra ella, pero yo..., yo no quería hacerle daño, no mucho al menos. Sólo castigar..., castigar a Tress.

—Y lo mataste.

Justin dejó caer la cabeza sobre el pecho. Resultaba indudable que estaba borracho. A punto de caer agotado por el alcohol y el estado de nervios.

Leslie se dirigió a la cocinita. Hizo café bien cargado en un momento y le llevó una taza.

—Tómate esto.

Justin estaba medio adormilado. Tomó el café, abrasándose. Ni siquiera en esos momentos se olvidó de protestar por un detalle tan nimio.

—¿Qué piensas hacer, Les, por Dios? Tienes que sacarme de este embrollo.

—¿Tienes la pistola?

—Este... no, no la toqué. Se quedó allí.

—Eres un estúpido, Just.

—Lo... Lo sé, debí cogerla y tirarla a alguna parte, pero Were me había visto y... Bueno, no se me ocurrió, eso es todo.

«Eso es todo». En esa frase se resumía su actitud ante la vida. Era Justin Stone y todo lo que hacía estaba bien hecho.

Les se metió en el dormitorio.

—Mientras me visto, y luego, mientras lleguemos a ese sitio, me lo vas a contar todo —advirtió.

—¿Todo? Bueno, eso es fácil, Les. Me... Me engañaron.

—¿Cómo?

—Los terrenos que la sociedad compró existían, pero estaban..., estaban llenos de piedras y en un lugar en el que ni a un loco se le ocurriría adquirirlos para edificar.

—Y supongo que tú habrás invertido mucho dinero en ellos, ¿no?

—Pues... Pues sí, claro. Era un negocio tan limpio... Un quinientos por ciento de ganancia.

—¿Cuánto? Me refiero a lo que invertiste.

—Pues... millón y medio.

—Estúpido.

—Lo sé, lo sé, pero parecía todo tan claro...

—Y esa Were... Supongo que ella fue el cebo, ¿no? Perdiste la chaveta por ella y te obligó a meter la cabeza en el saco.

Leslie salió del dormitorio poniéndose la corbata.

—Ellos no querían. Decían que deseaban el negocio para ellos solamente, pero Were los convenció.

—Estaban ya convencidos de antemano, idiota.

—Ahora lo sé, pero entonces...

—Y luego... ¿quiénes son los demás?

—Tres tipos. Tress..., Maurin y Carossi.

—Y Were —añadió Leslie.

—Bueno, a ella..., a ella la conocí en Florida, en Miami. Parecía distinta a todas las demás. Era...

De súbito, sus ojos parecieron llenarse de lágrimas.

—Les..., yo, yo... la quería.

—Lo imagino. Con eso contaban para taparte los ojos, estúpido. Bien, vamos.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a echar una ojeada a ese cadáver y luego llamaré a la policía.

—¡No puedes hacerme eso!

—Es preciso, tal vez.

—Pero...

—Cállate. Y recuerda esto., Just. Procuraré sacarte del lío, pero te va a costar un buen puñado de dinero.

—Pero...

—Te he dicho que te calles.

Lo empujó. Cuando llegaron a la calle, entraron en el coche de Leslie.

—¿Has venido andando?

—Sí, yo...

—Y haciendo paradas en todos los bares, ¿no?

Leslie miró la hora. Las once.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Pues... no miré, pero serían... sobre las nueve y media.

—Hora y media. Lo suficiente como para que la policía se te eche encima. Ya no puedes acogerte a la atenuante de entrega voluntaria. Sigue contando. ¿Dónde es?

—En Prinrose. Una casa nueva de apartamentos.

—Cuenta.

Guió lentamente para salir de su calle, que terminaba en una tapia elevada.

Cuando estuvieron en Grenn Canyon, apretó el acelerador. Pasó ante el Stadium de los Tigres y tomó por Tilbury Road.

—Les, tú eres un detective. Puedes hacer algo.

—Estoy tratando de recordar que soy un detective particular y que necesito mi licencia para vivir. Hay cosas que nosotros no podemos hacer. Y una de ellas es ocultar un crimen. Vamos, cuenta.

—Pero si te he... Me engañaron. Cuando consulté con un abogado, hace cinco días...

—¿No lo habías hecho antes? ¿Firmaste el contrato sin consultar a un abogado?

—No, por supuesto. Todo fue tan rápido... Yo creía que conocía algo de negocios, pero todo fue tan rápido... Me pusieron a la firma una serie de documentos, mientras Were se mantenía a mi lado, con la mano apoyada en mi rodilla... Firmé todo lo que me pusieron por delante.

—Sí, imbécil.

—No tienes por qué insultarme. Eso le ocurre a cualquiera.

—A cualquier retardado mental, por supuesto, sí, o a cualquier... Bueno, dejémoslo. Hay cosas que dan ganas de vomitar. Y tu abogado te dijo...

—Que no había por dónde agarrarlos. Yo había firmado un contrato elevable a escritura y que alguien lo había legalizado ya. Ellos, claro. Una de las cláusulas del contrato era que nos comprometíamos a perder el dinero todos los que interveníamos en el negocio si éste no resultaba. Y éste... no había resultado.

Le costaba trabajo hablar. Jadeaba.

—Así que había perdido todo lo que puse. Llamé a Were, pero no lograba dar con ella, ni con ninguno. Así, cinco días. Hasta que por último hoy logré comunicar con ella. Me dijo que se marchaba fuera. Que estaba muy deprimida por la pérdida, pero que..., pero...

Hipó y sollozó.

—Pero no había pasado una hora cuando alguien me llamó por teléfono y me dijo que no fuera imbécil, que Were estaba con un tipo en su casa. Me cegué. No lo creía, pero fui...

—Y encontraste a Tress. Y lo mataste.

—Sí, éste... Ya sabes lo que ocurrió. Dobla la primera calle a la derecha, creo. Un poco más allá está la casa. Pero, Les...

—Cállate.

Llegó ante la casa, un edificio de siete pisos, de cemento y cristal.

—¿Hay portero?

—No, éste... No hay conserje nocturno. Es automático.

—Está bien.

Bajó del coche, y arrastró a Justin detrás de él. Llamó a uno de los timbres y una voz adormilada preguntó quién era.

—He olvidado la llave. Tercero, uno. ¿Quiere abrir, señora?

La puerta se abrió silenciosamente. Entraron y se dirigieron al ascensor.

—Es en el cuarto —dijo Justin. Su frente estaba perlada de sudor—. Oye, Les, yo quería...

—Cállate.

Cuando el ascensor los dejó en el cuarto piso, Justin indicó la puerta marcada con el número cinco. Les llegó hasta ella y la empujó. Estaba abierta.

Y dentro, completamente a oscuras.

Les llevó lentamente la mano al sobaco, donde llevaba la funda con la pistola.

—Pasa y enciende la luz, Just.

—Yo... no puedo. Creo que me estoy poniendo enfermo.

—Pasa, he dicho.

Justin obedeció. Encendió la luz y Leslie echó una ojeada.

Una salita con un diván, dos sillones y una alfombra.

Un par de reproducciones en las paredes y un televisor. Este estaba funcionando, pero sin el sonido. Sólo la imagen de un locutor que movía la boca como un muñeco mudo.

Leslie miró la hora. Las once y diez.

—¿Dónde dejaste el cadáver?

—¿El cadáver...? Yo estaba... Tiene que estar ahí, sobre la alfombra.

Leslie dio un salto rápidamente y pasó al dormitorio. La cama estaba sin deshacer.

Y nadie en el cuarto.

Volvió a la sala. Justin contemplaba estúpidamente la alfombra.

—Les, te juro que estaba aquí, tumbado como un saco..., como

un maldito saco de paja.

—Dime exactamente dónde.

Just caminó hasta encontrarse ante el diván.

—Pues... aquí. Recuerdo que se apoyó en el diván, mientras Were se apartaba gritando.

Hizo una pausa.

—Y luego cayó al suelo. Palabra, Les.

Leslie se inclinó sobre la alfombra.

—Aquí hay una mancha. Pudiera ser sangre. Pero es muy pequeña.

—Te digo que...

—Cállate.

Lo miró.

—¿Qué hiciste, exactamente?

—Yo... me incliné sobre él...

—¿Dónde le diste el tiro?

—Pues... no lo sé, palabra. Estaba demasiado excitado y bebido.

—¿No lo miraste con atención, entonces?

—No lo toqué, Were chillaba como una condenada y todo..., todo me daba vueltas.

—Y después ella se metió en el dormitorio,

—Sí, eso, exacto. Y se encerró en él.

—Bien, pues alguien se ha llevado el cadáver, entonces. El cadáver o el herido. ¿Tenía los ojos cerrados?

—¿Quién?

—Tress, naturalmente. ¿A quién crees que me refiero?

—Pues... yo creo que sí.

—¿No te acuerdas?

—No, diablos, yo..., yo no puedo más. Salgamos de aquí. Creo que voy a vomitar.

—Cálmate.

Leslie lanzó una mirada a su alrededor. Una mirada fría, pero a la que nada escapaba.

—No vas a llamar a la policía..., ¿verdad?

—¿Cómo podría hacerlo?

Su voz se tomó dura, filosa.

—¿Diciéndoles qué, Just? ¿Que un borracho asegura haber matado a alguien? ¿Dónde está el cuerpo, Just? Es lo primero que la policía necesita en un caso de asesinato. El cuerpo. Y el arma. Y no tenemos ningún cuerpo, y no veo por aquí ningún arma. ¿La ves tú?

Se dirigió hacia su antiguo compañero de Universidad y lo cogió por las solapas.

—Just, ¿me has dicho toda la verdad? Maldito, ¿me has dicho o no una sarta de mentiras?

CAPÍTULO II

—¿CUÁL es la casa? —preguntó Leslie Andover.

—Aquella.

Señalaba un edificio de reciente construcción. Leslie lo conocía. Los departamentos Bund. Quinientos dólares al mes los más baratos.

—Ese Tress debía tener bastante dinero —observó.

—No lo sé, creo que sí. Por Dios, Les, ¿no podemos ir más aprisa?

—No.

Paró el coche en la otra esquina y rehicieron el camino andando. El conserje nocturno de los apartamentos los miró llegar. Justin los saludó agitando la mano.

—Mister Tress no se encuentra en su apartamento —dijo el conserje.

—Lo sé, lo sé —respondió Just, obedeciendo a la presión del codo de Leslie—. Nos dijo que lo esperásemos.

Subieron al sexto piso.

—Aquella puerta, Les. La 65.

Leslie probó el pomo. Estaba cerrada. Sacó del bolsillo la doble ganzúa magnética que abría cualquier cerradura y probó. Aquella ganzúa, de haberla conocido la policía, hubiera podido costarle un disgusto. La puerta se abrió.

Ambos entraron y Leslie cerró la puerta tras de ellos.

El apartamento estaba lujosamente amueblado. Luces indirectas, cuadros, un bar con su pequeño mostrador de madera y una

chimenea en la que se disimulaba la calefacción.

Tanto la sala como el dormitorio y la cocina estaban vacíos. En el fogón eléctrico alguien había hecho café y la tostadora de pan estaba sucia.

Y ni rastros de persona alguna.

—Desde esta mañana no parece haber habido alguien aquí —dijo Les mientras volvía a la sala. Encontró en ella a Justin con una copa en la mano. Había aprovechado la ausencia de Leslie para servirse del bar.

—No bebas más —le advirtió—. La policía te hará la prueba del alcohol en la sangre si tienes que entregarte.

—Les, tú no puedes hacerme eso a mí.

—Cállate, por amor de Dios. ¡Cierra el pico de una vez!

Leslie estaba atento, con el rostro vuelto hacia la puerta.

—Viene alguien —dijo—. Cierra la boca o te la cierro yo de un golpe.

De un salto se colocó junto a la entrada, al tiempo que apagaba la luz. Oía nítidamente la fatigosa respiración de Justin Stone.

Y luego, alguien llamó suavemente, con la mano, golpeando los entrepaños.

Hubo un silencio. Luego la llamada se repitió, con más fuerza.

Leslie encendió la luz y abrió. Había una mujer en el corredor, con la mano alzada como para volver a llamar.

—Hola —dijo Leslie.

—¿Está Hilary? ¿Quién es usted?

Era alta y llevaba un abrigo suelto, color beige. El pelo envuelto en un pañuelo castaño claro.

—No está —respondió Leslie.

—Sí, está. Lo que le ocurre es que no quiere verme. Vamos, déjeme pasar.

—Usted pregunta por Tress, ¿no?

—¿Por quién, si no? Pero ¿quién es usted?

Alargó la mano y lo apartó. Penetró en el living y se quedó parada en el centro del cuarto, mirando a Justin.

—¿Dónde está Hilary?

—No lo sabemos —Leslie había cerrado la puerta, ella se volvió y le examinó con expresión inquisitiva.

—Deje esa puerta abierta.

—No quiero molestar a los vecinos.

—He dicho que deje esa puerta abierta. Y ahora quiero saber dónde está Hilary. Dígale que salga. ¡Hilary!

Leslie iba a contestar, cuando se fijó en la cara de Justin. Este se acercaba a la joven. Ella retrocedió un paso.

—¿Qué le ocurre? ¿Está loco?

—Usted —dijo Just trabajosamente—. Usted... Les, es asombroso.

—¿Qué?

—Cómo se parece a ella.

—¿A quién?

—A ella, hombre, a Were.

La muchacha estaba ya casi junto a la puerta. En sus ojos había aparecido algo semejante a la precaución. No miedo, sino precaución.

—¿Quién es usted? —preguntó Just.

—¿Yo? ¿Y a usted qué le importa? Lo que quiero decirle a Hilary es que... ¿Ha dicho Were?

—Usted se parece mucho a ella.

—Were es mi hermana. Aunque no se ha llamado siempre así.

—¿Por qué busca usted a Tress? —preguntó Leslie suavemente.

—Eso nos importa a él y a mí.

Era rubia y de facciones muy regulares. El abrigo entreabierto mostraba un cuerpo de líneas firmes y curvas pronunciadas bajo un vestido de punto de lana muy ajustado. Tenía los ojos azul oscuro.

—También nosotros lo buscamos —dijo Les.

—¿Para qué?

El detective se encogió de hombros.

—¿Sabía Tress que iba a venir usted?

—Por supuesto que no. Si lo hubiera sabido habría escapado.

Tenía una dicción precisa. Una mano, apoyada en la cadera acentuaba el escorzo de su cuerpo.

—Si no está ya lo veré en otra ocasión. Me voy.

Leslie no se había movido de junto a la puerta.

—¿Qué demonios quiere? Apártese y déjeme pasar.

—Vamos a ver si podemos encontrarlo entre todos. ¿Usted ha visto a su hermana hoy?

—¿A Mar..., a Were? Por supuesto que no. Y no está en su casa. No contesta al teléfono.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla?

—Ni idea. Y ahora, adiós.

Tomó el picaporte y abrió la puerta. Un momento después su taconeo se perdió en la distancia.

—No ha llamado al ascensor —dijo Leslie—. Just, ven aprisa si es que puedes.

—Pero... ¿dónde? Esa chica...

Les lo cogió del brazo y tiró de él. Llegaron a los ascensores. Apretó el botón y uno de ellos comenzó a ascender.

Cuando llegaron al hall de recepción la chica desaparecía tras de la puerta giratoria.

—Oigan... —dijo el conserje.

Pero ya estaban en la calle. Vieron un «Chevrolet» verde que arrancaba en ese momento.

—Vamos, rápido.

Leslie puso en marcha su coche. El «Chevrolet» doblaba la esquina rápidamente, pero no fue difícil perderlo de vista. La avenida Lafayette se extendía ante ellos casi vacía a esas horas.

—¿Se puede saber qué mo... mosca te ha picado? —preguntó Justin, estropajosamente. El último trago casi había acabado con él.

—Cállate —respondió Leslie por enésima vez.

El coche de la joven había torcido por Ashton, casi sobre dos ruedas. Leslie no lo perdió. Pasaron velozmente el semáforo ante la Cámara de Comercio y continuaron. Habían salvado la luz verde por una fracción de segundo.

Luego el «Chevrolet» verde torció a la derecha nuevamente. Leslie sólo tuvo el tiempo justo de meter el morro por la calle, cuando vio al perseguido detenerse.

Leslie pisó el freno, aminoró y pasó lentamente ante el coche verde. De éste se apeaba la joven sin mirar a derecha ni izquierda. Cruzó la acera. Sobre ellos, las luces incandescentes en rojo y amarillo, anunciaban al Makubwa.

—¿Lo conoces? —preguntó Leslie.

—¿Ese... piojo... so antro? Por Dios, que lo conozco, Escucha, Les, tienes que...

—Cállate —una vez más.

Leslie aparcó junto a la acera.

—Escucha, Just. ¿Has estado aquí con Were?

—Por supuesto que sí. Y en el Flamingo y en el Capistrano y en el Pelikan y en el...

—Cierra el pico. ¿Te trajo ella?

—Yo qué sé. Vamos a tomar una copa en ese antro...

—Escucha si puedes, maldito borracho. Voy a entrar yo solo. Tú me vas a esperar aquí. Estás demasiado cargado para entrar en ninguna parte. Y atiende bien. Si se te ocurre seguirme, te dejo en la comisaría más cercana y allá te las arregles con ellos. ¿Has entendido?

—Escucha, Les, tienes...

—Espera aquí. No se te ocurra moverte.

Llovía bastante. El portero del Makubwa se había guarecido junto a la puerta. Abrió ésta cuando Leslie llegó hasta él.

—Puerca noche, señor.

—Atiéndame.

Entre los dedos de Leslie revoloteó un billete de cinco. El portero se llevó la mano a la visera de la gorra.

—Esa chica que acaba de entrar, ¿es de la casa?

—¿La del abrigo claro?

—Sí.

—Viene algunas veces, señor.

Leslie sacó otro billete.

—Y éste para que se olvide de que le pregunté.

Entró. Bajó diez escalones, cruzó una puerta acolchada y el humo y el ruido le golpearon en plena cara.

Entornó los ojos hasta acostumbrarlos a la luz roja. La orquesta tocaba en un foso que podía elevarse mediante un mecanismo, hasta alcanzar casi el techo. En la pista, cada cual bailaba a su manera, con o sin pareja.

El bar estaba a la derecha. Tuvo el tiempo justo de ver un abrigo beige que se escabullía al fondo.

Lo siguió. Había una cortina roja, apenas perceptible a aquella luz infernal.

—¿Señor?

El camarero lo miraba desde detrás del mostrador.

—Ahí es «privado».

—Busco a una mujer que acaba de entrar.

—Es «privado», señor.

—Está bien. Deme un whisky.

Lo bebió lentamente. Luego pidió otro. Sabía que entre los diez del portero y esto, se iba a dejar los veinte dólares. Ello le puso de mal humor.

«Just pagará con creces», dijo entre dientes.

Veinte minutos. Se preguntó si Justin se habría dormido. Suponía que sí.

Media hora.

—Escuche —dijo al camarero—, la chica no ha salido.

—No sé nada de eso. Lo mío es despachar bebidas.

—¿Hay otra salida?

El hombre se encogió de hombros.

Dejó el vaso sobre el mostrador, junto con un billete. Luego fue a la cortina.

—Le dije «privado», señor.

—Lo sé. No soy sordo. Policía.

—Enséñeme la placa.

—Si no quiere líos, olvídense de eso. Ahí afuera hay dos muchachos de uniforme. No aguardan más que una señal mía para entrar. ¿Le gustaría?

El camarero lo miró dubitativo. Luego se encogió de hombros de nuevo.

La cortina tapaba una puerta. Luego un corredor, con puertas a los lados. Una de ellas estaba abierta, y una mujer medio desnuda lo contempló desde dentro.

—Esto es «privado» —dijo.

—Lo sé. Me lo han dicho ya.

—Pues si lo sabe, ¿qué busca?

—La otra salida.

—Al fondo, a la derecha.

No había hecho la menor intención de taparse. Se hallaba con las dos piezas interiores solamente.

Y entonces vio a la otra. La puerta del fondo acababa de abrirse y ella salía. Un hombre, a su lado, la tomaba familiarmente del brazo.

—¿No me ha oído? —preguntó la rubia de la ropa interior.

—Sí.

Y entonces ella lo vio a él. Se quedó un instante parada.

—¿Me ha seguido? —preguntó.

El hombre era de mediana estatura, delgado y con el pelo gris. Pero no era un viejo. Se adelantó unos pasos, hasta colocarse entre la muchacha y Leslie.

—¿Lo conoce, querida?

—Por cierto. La he visto hace un rato

—Y... ¿la ha seguido hasta aquí?

—Lo parece —respondió ella.

—Vamos a dejarlo en que sí —dijo Leslie—. Encanto, uno no puede resistirse. Verla una vez y querer verla otra...

El hombre lo abofeteó. Con suavidad, sin esforzarse. Sus dedos delgados parecían látigos. Leslie sintió que algo se revolvía en su interior.

Alzó el puño y el hombre, con un paso de baile, retrocedió. Parecía escurrirse en el suelo.

Y mientras Leslie se disponía a seguirle, algo lo cogió por detrás, justo por el codo y la muñeca y le hizo girar.

Leslie era fuerte y estaba bien entrenado. Sabía que si no replicaba con una contrallave, la presión que se ejercía sobre su brazo le partiría éste.

Se agachó, mientras lanzaba una mirada por encima de su hombro. No era un hombre quien lo atacaba, sino una mujer. La rubia.

Eso lo detuvo una fracción de segundo. Uno replica con una llave de judo a un hombre, pero si es una mujer quien lo ataca, la sorpresa puede hacerle descuidar la guardia. Cuando se quiso dar cuenta estaba siendo volteado limpiamente por el aire. Su cabeza chocó dolorosamente contra la pared y un resplandor rojizo le

quemó el cerebro.

* * *

Furiosos tam-tam golpeando en la selva, el crescendo de un tornado en Florida, el restallido de las velas de un balandro al tomar una curva..., todo ello parecía haberse juntado en su nuca, que le latía dolorosamente.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar al instante. La luz le dañaba hasta la médula. Luego sintió en la cara la lluvia.

—Parece que ya retorna —dijo una voz lejana.

No era lluvia. Alguien le estaba salpicando agua en la cara.

—Deje de hacer eso —protestó.

—Aparta, Karen —respondió una voz masculina.

—Y quiten la luz —dijo Leslie.

Abrió los ojos. Habían apartado la luz.

Fue ajustando poco a poco la visión. Estaba en un cuarto pequeño, tendido en un diván. Sobre él vio la cara de la mujer rubia que lo había volteado y que lo miraba muy de cerca. Sintió su aliento perfumado con menta.

Algo se movía tras de la mujer. Una cara de hombre apareció junto a la de Karen.

—¿Se encuentra mejor, Andover?

Era el hombre que lo había abofeteado. Leslie se encontró mirando a sus ojos, de un castaño claro.

—Sí, aparten.

Se incorporó. Los tres parecían ser los únicos ocupantes de la habitación.

—Lamento que haya perdido el conocimiento —dijo el hombre—. Pero Karen vio que usted me atacaba y... obró en consecuencia.

—Fue usted quien me atacó a mí.

Se había puesto en pie, pero notó que las fuerzas aún no habían llegado a sus rodillas. Estas se le doblaron como si en vez de huesos tuviera goma en ellas.

Fue entonces cuando lo vio. En la mano del hombre había una pistola. La suya. Porque la funda de su sobaco estaba vacía.

—¿Para qué es eso?

—Aunque confío en las fuerzas de Karen, no me parece excesivo guardar algunas precauciones —fue la respuesta—. No sabía cómo

reaccionaría al despertar. Usted parece un hombre fuerte.

—Lo soy.

Miró a Karen.

—Y usted también.

Ella sonrió sin responder. Fue el hombre quien lo hizo:

—Me limité a tocarle la cara, mister Andover. Por supuesto ignoraba quién era usted. Sólo sabía que había penetrado, en mis dominios, digamos, y...

—Y que me había visto saliendo del baño —dijo Karen. Tenía una voz ligeramente ronca, pero nada desagradable y un acento que por el momento Leslie no pudo identificar.

—Eso puede verlo cualquiera que pase ante tu puerta, querida Karen —dijo el hombre—. Bien, mister Andover, ¿quiere un whisky?

—Tráigalo. No me vendrá mal.

La rubia Karen se alejó y volvió con un vaso. De su cuerpo, grande y bien musculado, pero de líneas muy puras, se desprendían efluvios de agua de Colonia.

—Beba, mister Andover. Pronto se encontrará mejor. Voy a darle un masaje en la nuca.

—No me va a dar nada —replicó Leslie—. ¿Dónde está la muchacha?

Pero las manos de Karen, grandes y fuertes estaban ya trabajándole en la parte posterior de la cabeza. Una curiosa sensación de alivio al dolor se apoderó de él. Le hizo recordar instantáneamente las manos del masajista finlandés en las cuales se ponía dos veces al mes. Y el acento era el mismo. Karen debía ser finlandesa, por supuesto.

—¿Mejor? ¿Se encuentra mejor?

—Sí.

Durante un par de minutos más se dejó masajear. El dolor se retiraba como una marea, sustituido por el bienestar.

Se puso en pie, apartando a la mujer.

—¿Dónde está la chica? —preguntó.

El hombre avanzó dos pasos.

—¿Se refiere a miss Jones?

—Si ése es su nombre, sí.

—Mister Andover, ¿puedo preguntarle por qué desea ver a miss Jones?

—Ustedes ya saben quién soy yo. Habrán mirado mi cartera.
El hombre asintió.

—Un detective particular. Un investigador. ¿Puedo preguntarle por qué desea ver a miss Jones?

—Puede, pero...

Estaba pensando rápidamente.

—Está el secreto profesional.

—Eso quiere decir que alguien le ha encargado un trabajo, ¿no es eso? Que no es simplemente por... afición personal a miss Jones.
¿Es así?

—Puede usted llamarlo así.

—En ese caso, ¿quién...?

—Lo siento.

—Reconocerá no obstante que penetrar en un lugar privado no entra dentro de las atribuciones de ningún policía privado.

—Pues... sí, lo reconozco.

—En ese caso, beba su whisky. Observará, mister Andover, que he tomado la cuestión muy... deportivamente.

—Eso lo admito.

—Mi nombre es Carossi. Mark Carossi.

Carossi... Aquel nombre... Le resonaba en el cerebro, pero en ese momento no podía localizarlo. Carossi... Una diminuta luz parpadeó en su memoria.

Carossi era uno de los hombres que según Justin le habían estafado millón y medio de dólares.

Lo miró a los ojos, sin coger la mano que se le tendía.

—Así, pues, reconocerá nuestro derecho, mister Andover, al verlo entrar, que nos asistía el derecho de... digamos repeler la agresión.

—Sólo quería hablar con esa muchacha.

—¿Con miss Jones? Lo hubiera dicho y...

—Ignoraba su nombre.

—¿Por qué la buscaba?

—Lo siento. Eso forma parte del secreto profesional. ¿No le dijo

nada ella?

—Por cierto que no. ¿Otro trago, mister Andover?

—Gracias, no. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No, y lo siento. Se lo diría si así fuera.

Parecía demasiado deseoso de colaborar. Un hombre no hace golpear a otro para luego entregarse con armas y bagajes. Por otra parte, y pese a que Carossi lo miraba fijamente, su cara no le gustaba. Había algo tan escurridizo en ella como los propios pies del individuo.

—Este... Una cosa, señor Andover. No tengo nada en contra de los investigadores privados, muchas veces los he utilizado yo mismo, pero...

Hizo una pausa.

—No me gusta que se acerquen a mí sin haber solicitado su colaboración.

—Lo comprendo.

—Espero que lo haya entendido bien. Y ahora, si no quiere otro trago, creo que podemos dar por terminado el incidente.

—Tal vez, Carossi.

Se volvió hacia la finlandesa.

—Es usted muy fuerte.

—Oh, sí.

—Quizá en otra ocasión no me importaría hacer un par de asaltos con usted. Me cogió desprevenido.

Ella sonreía. Tenía dientes blancos e iguales y su sonrisa parecía la de una joven loba.

—Asaltos, ¿de *jiu*?

—Por supuesto. ¿Qué había creído?

Ella rio y se apartó. Andover anduvo hacia el espejo y se ajustó la corbata. Ello permitió ver que la pareja acababa de cambiar una rápida mirada.

—Hasta la vista —dijo.

—Ha sido un moderado placer —dijo Carossi—. Lo acompañaré hasta la puerta. Y, recuerde; si necesito algún detective particular, yo mismo lo solicitaré.

Le alargaba la pistola. Leslie la cogió.

—¿A mí?

—Tal vez. ¿Por qué no? He oído hablar de usted, Andover.

—¿Bien?

—Digamos que... he oído decir que es sumamente efectivo en sus trabajos.

Carossi lo precedió, atravesando el salón humoso y enrarecido.

La lluvia sobre la cara le hizo sentirse mejor. Caminó hacia la derecha y de pronto se detuvo.

Su veterano «Impala» no estaba en el lugar en que lo había dejado. Llegó hasta la esquina y lanzó una ojeada. Tampoco estaba entre los escasos coches que cubrían la parte derecha de la callejuela.

Volvió hacia el portero.

—¿No ha visto un «Impala» castaño? Lo dejé aparcado frente a la droguería.

—Lo siento. No presté atención, señor. Pero aquí no suelen desaparecer coches.

Sintió que la ira lo invadía. Una ira irrazonada y fría. Había dejado el coche sí, pero con alguien dentro. Y ese alguien era un irresponsable borracho que lo mismo podía haberlo estrellado dos cruces más allá.

—Olvídelo —respondió abruptamente.

—¿Desea dar parte a la policía, señor?

—No deseo nada.

Caminó toda la calle, pero por parte alguna aparecía el coche. Cuando llegó a Lafayette comenzaba ya a estar harto. Hizo señas a un taxi, y éste lo llevó hasta su casa. Le quedaba la vaga esperanza de ver al «Impala» a la puerta y a Justin en su living. No encontró a ninguno de los dos.

Todavía con la trinchera puesta buscó en el listín los números de Were y de Tress. Hizo ambas llamadas, pero en ninguno de los dos lugares le contestaron.

Luego buscó el de Justin Stone, ya que ignoraba su domicilio. Tampoco respondieron, pese a que insistió durante casi cinco minutos.

Por fin tomó una decisión. Se sirvió un whisky y lo bebió en dos sorbos. Terminada la bebida, salió de nuevo a la calle.

CAPÍTULO III

LA casa de Just se hallaba emplazada en The Hights, a dos millas de distancia. Tomó un taxi que lo dejó allí en menos de diez minutos. La zona residencial extendía en la tranquilidad nocturna sus hotelitos rodeados de jardines. Encontró enseguida la calle «L».

La casa tenía delante el jardín. La puerta estaba cerrada solamente con una abrazadera. Mientras la trasponía vio la silueta de un guardia que caminaba lentamente por la calle, balanceando la porra.

Atravesó un sendero de grava y llegó al porche. Había procurado hacerlo lo más silenciosamente posible. A su derecha estaba el garaje, amplio, capaz probablemente para tres automóviles. La puerta estaba entreabierta, y pudo ver que en él había un sedán «Buick». Stone era un descuidado. Aunque probablemente la zona estaba perfectamente guardada. En ella vivía el alcalde.

Sacó las magnéticas y abrió la puerta de la casa.

Después de cerrar la puerta a sus espaldas, sacó del bolsillo superior de la chaqueta la linterna no mayor que un bolígrafo. Le paseó alrededor, procurando no tocar las ventanas con el rayo de luz. La precaución era innecesaria, porque las ventanas estaban tapadas con espesas cortinas. El suelo, de madera, los muebles modernos y dos puertas, una a cada lado del hall.

La primera correspondía a una salita. La segunda, a la cocina. Una corta escalera en recodo llevaba al piso alto. Ascendió procurando no hacer ruido y llegó al corredor. Dos puertas a cada lado. La casa parecía grande, aunque no en exceso, y debía haberle

costado bastante cara a Stone. Él podía permitirse esos lujos. Ese y el de perder millón y medio de dólares.

La primera puerta daba a un dormitorio con dos camas. Lo examinó rápidamente y pasó al otro.

Y allí sí había alguien.

Una mujer.

Yacía tendida, con las ropas en desorden, levantadas hasta más de medio muslo las faldas de un vestido color verdoso. Estaba atravesada en la cama.

La luz de la linterna paseó por el cuerpo hasta llegar a la cabeza. Una espesa mata de pelo rubio centelleó. La mujer tenía la lengua fuera de la boca y algo atado al cuello.

Leslie había visto bastantes cadáveres en su vida, pero éste presentaba un aspecto particularmente repulsivo. A la mujer la habían estrangulado con un pañuelo de fina seda italiana, que se había incrustado casi en la blanca carne.

Leslie Andover se movió por la habitación. A juzgar por el armario, entreabierto y que mostraba las prendas colgadas en él, era el dormitorio de Justin.

La linterna volvió de nuevo al cadáver. Nunca había visto a aquella mujer, pero algo le dijo que había encontrado a Were.

En el aire flotaba aún el aroma de cigarrillos. Alargó la mano y tocó la carne. Estaba tibia aún. Hacía por lo menos una hora u hora y media que había muerto.

Durante casi dos minutos, Leslie permaneció contemplando la escena. Luego salió de la habitación.

Bajó la escalera y llegó a la puerta de la calle. En ese momento oyó las llantas del coche que se detenía ante la casa. Apagó la linterna y sacó la pistola de la funda sobaquera.

Oyó los rápidos pasos que resonaban sobre la grávida y luego el chasquido metálico de la llave en la cerradura.

Leslie se hizo a un lado y esperó, los músculos en tensión, preparado a todo. Los pasos le habían indicado que el visitante era una mujer.

La puerta se abrió y un torrente de luz inundó la habitación.

Ella.

Llevaba el mismo gabán beige, maculado ahora por las gotas de

lluvia.

Casi pasó por su lado sin verlo. Casi. Pero cuando llegaba al arranque de la escalera, se volvió de pronto como si algo le hubiese advertido de una presencia tras de ella.

—Usted...

—Sí, yo.

—¿Qué hace aquí?

—¿Y usted?

Ella no respondió. Parada, junto al primer peldaño, iluminada por la luz central, parecía una estatua.

—¿Dónde está...?

Se detuvo. Leslie caminó hacia ella lentamente.

—Usted no conocía al dueño de la casa.

Ella entornó los ojos ligeramente.

—¿Usted sí? ¿Es usted acaso?

—Pero ha abierto con una llave.

Ella no respondió directamente.

—¿Se marchaba?

—No.

Dio un nuevo paso hacia ella.

—¿A quién busca usted? ¿Al dueño de la casa? Ni siquiera sabe quién es. ¿A su hermana, tal vez?

—Es posible.

—¿Es ella quien le dio la llave de esta casa?

—Pero... vamos a ver si no nos amontonamos. ¿A usted qué le importa a quién busco? ¿Quién diablos es usted y por qué me ha seguido hasta el Makubwa?

La joven miraba fijamente el arma en manos de Leslie. Este la guardó lentamente.

—¿Eh? ¿Quién es usted y por qué me ha seguido? ¿No me oye?

—¿Cuándo ha visto a su hermana por última vez?

—Escuche, si quiere...

—¡Responda!

El tono del hombre hizo que ella se sobresaltara ligeramente.

—¿Qué le ocurre? ¿Me va a pegar si no respondo?

Leslie la cogió con fuerza por el brazo. Ella se retorció.

—¡Me está haciendo daño! ¡Suélteme!

—Responda.

—La vi hace... ¡Me hace daño! Tres días.

—¿Dónde?

—En su casa, por supuesto.

—Pero usted tiene una llave de ésta y no conoce al dueño.

¿Quién se la ha dado?

Una curiosa expresión apareció en los ojos de la muchacha.

—¿Es usted policía?

—Responda. ¿Quién le ha dado la llave?

—Me la dio ella. Martha. Bueno, se hacía llamar de otra manera al parecer.

—¿Por qué se la dio?

—Porque... Porque yo se la pedí. Escuche, mister, ¿puede decirme ahora quién es usted? ¿Por qué me siguió?

—¿Conoce al hombre que estaba conmigo en casa de Tress?

—No.

—Es el dueño de esta casa, y ha desaparecido llevándose mi coche. Pero hay más. Usted venía a ver a su hermana aquí, ¿no?

—Yo..., sí.

—¿La había citado ella?

—No exactamente. Pero sé que quería hablar conmigo.

—Está mintiendo.

Le apretó más el brazo. Ella gimió.

—¡Bestia! Me está haciendo daño.

—Usted ha venido aquí con un propósito determinado. Y esa llave no se la ha dado su hermana. ¿Quién?

—Si no me suelta, gritaré.

—Hágalo. Grite, si quiere.

Hubo un tenso silencio mientras ella luchaba por desasirse.

Luego, repentinamente, se aquietó.

—Está bien, pregunte lo que quiera. No deseo que me parta un brazo.

—¿Para qué ha venido?

—Espere. Tengo algo en el bolso que le gustará ver.

Cogió el bolso que se le había caído al suelo, y lo abrió. Leslie la

observaba con los ojos entornados. Luego de pronto mientras ella metía la mano en el interior, el detective le dio un fuerte golpe y el bolso cayó de nuevo al suelo. Leslie se agachó mientras ella lanzaba un débil gemido, y lo recogió. Echó una mirada dentro.

—¿Quién se la ha dado? —preguntó sacando una diminuta pistola automática—. ¿Su amiguito Carossi? ¿Y qué quería hacer con ella? ¿Matarme?

Los ojos de la joven chispearon salvajemente.

—Sólo asustarlo.

—No me asusto por esto, nena, pero no me gusta que me apunten con ello. Ha sido Carossi, ¿no?

—Váyase al diablo.

Leslie se guardó la pistola en el bolsillo. Y fue entonces cuando oyeron el ruido de un auto que se acercaba y que frenaba.

—Viene un coche —dijo él—. Quédese quieta.

Fue hasta la luz y la apagó. Sintió el aire desplazado cuando la muchacha corrió hacia la puerta. La cogió por un brazo.

—He dicho quieta. O se está quieta o le rompo el brazo, esta vez sin broma.

Apartó las cortinas con la mano izquierda y vio que el coche se había detenido detrás del de la muchacha. Podía ver, aunque no muy bien, a ambos, debido al resplandor del farol que iluminaba la esquina.

—Quien sea, viene hacia acá —dijo.

Oyó la respiración de la chica muy cerca de su oreja. Y hasta su nariz llegó el perfume que se desprendía de su cabello y de su cuerpo. Por un momento se distrajo pensando que sería muy agradable, en lugar de tener que sujetarla por un brazo, el apretarla contra sí hasta hacerle daño. Bueno, tal vez hasta hacerla daño... quizá no.

Vio la sombría figura que se bajaba del coche recién llegado, y cómo daba una vuelta en torno al vehículo de la joven. Luego, a través de la cortina de fina lluvia, cómo atravesaba el jardín y se dirigía hacia la puerta.

La figura iba agachada y por supuesto resultaba imposible distinguir sus rasgos. Ni siquiera podía ver si era hombre o mujer.

Luego la perdió de vista al apartarse del radio de visión de la

ventana.

—Va a entrar —anunció—. Quieta.

—Déjeme o grito.

—No me obligue a tapparle la boca.

Algo rechinó en la cerradura. ¿Una llave? Un ligero cuchillo de aire helado dio en la cara de Leslie. La puerta se había entreabierto.

Necesitaba la mano izquierda para sujetar a la muchacha, y la derecha para coger su pistola. Dio un paso atrás y en ese momento pareció desatarse el infierno.

Una luz dio de lleno sobre ellos. La luz de una linterna eléctrica, de gran potencia. La chica gritó algo, pero Leslie reaccionó en una fracción de segundo. No sabía por qué exactamente, pero un instante después estaba en el suelo, arrastrándola a ella en su caída.

Los taponazos sordos, pero perfectamente audibles, llegaron hasta él.

Fueron tres en rapidísima sucesión. La primera bala se estrelló en la pared, la segunda en el suelo y la tercera estuvo a punto de acabar con Leslie Andover. Le raspó la oreja derecha, dejándole una sensación quemante en el cartílago.

Tenía ya su propia pistola en la mano, pero el visitante apagó la linterna de golpe y oyó sus pasos rechinar en la gravilla del camino.

Huía.

Leslie se puso en pie de un salto y le gritó a la chica que no se moviera. Salió a la puerta y pudo ver aún cómo el asesino llegaba a la entrada del jardín y saltaba hacia el coche. Se volvió y Leslie sólo tuvo tiempo de echarse de nuevo atrás. El cuarto disparo envió una bala al interior de la casa y algo se quebró a las espaldas del detective, con sonido cristalino.

Leslie hubiera podido disparar sobre el visitante, pero no llevaba silenciador, como el otro. Ello hubiera atraído inmediatamente al agente de facción, que estaba probablemente bastante cerca. Y no quería verlo más cerca todavía.

Vio arrancar el coche. Era un descapotable. Fue lo único que pudo observar antes de perderlo de vista.

Se volvió, la muchacha estaba a su lado.

—¿Se encuentra bien?

—Este... sí. Pero, ¿qué diablos...?

Estaba temblando. Temblaba su voz y temblaba su cuerpo, junto al de Leslie.

—Venga, entre —dijo éste.

—Tengo que marcharme...

—Espere un poco. Vamos, entre.

Entraron y cerró la puerta. Encendió la luz, asegurándose antes de que las cortinas tapaban bien las ventanas. Se volvió. La muchacha estaba densamente pálida. Se había apoyado en un sillón y tenía la expresión contraída.

Se acercó a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Vamos a beber algo —dijo—. Venga conmigo.

La condujo hasta la cocina y abrió el frigorífico. Sólo había cerveza. Buscó a su alrededor.

—Sí, aquí está.

Había un pequeño bar disimulado en el salón. Sacó de él una botella mediada de Royal Haighlander.

—Tenga.

Ella bebió. Luego se dejó caer en el sillón.

—Y ahora, tengo algo que decirle —comenzó Leslie viendo cómo los colores aflúan de nuevo al rostro de ella—. Y espero que usted me diga también algunas cosas que necesito saber yo.

CAPÍTULO IV

—VICTORIA —dijo ella—, Victoria Jones.

—Y Were es su hermana.

—Medio hermana. Su madre se casó con mi padre y luego vine yo. Pero ¿qué diablos puede importarle eso ahora?

—Me alegro de que sólo sean medio hermanas —fue la respuesta.

—¿Por qué?

—¿Qué tal se llevaban ustedes?

—Escuche, todo esto...

—Tengo mis razones, Victoria. Alguien llegó antes que nosotros a esta casa. Su hermana.

—¿Dónde está...? ¿Usted la ha visto?

—La he visto. Pero después de ella llegó otra persona. No sé quién. Y... la mató.

Ella dejó lentamente el vaso encima de la mesa ratona.

—¿Que hizo, qué?

—Alguien ha matado a Were. Está arriba, pero no le aconsejo que intente verla. Alguien le ató un pañuelo de seda al cuello y apretó después. A fondo.

Victoria cerró los ojos.

—No lo creo.

Volvió a abrirlos.

—Dice que llegaron antes que usted. ¿Cómo sé yo que no fue usted quien la mató, si es que es verdad que lo han hecho?

—No lo hice yo. Hace dos horas o algo así que ha muerto.

—Pero... ¿por qué?

—Tal vez usted pueda decírmelo.

—¿Yo?

—Usted la ha estado buscando toda la noche, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros.

—Usted no lo entendería, simplemente.

—Pruebe a explicármelo.

—Es inútil. No lo entendería, repito.

Leslie se inclinó hacia ella.

—Escúcheme bien, Victoria. Dentro de un momento tendré que llamar a la policía.

Sacó su carnet de detective privado y se lo enseñó.

—¿Un investigador?

—Sí. Por eso tengo que avisar a la policía. Si no lo hiciera, retirarían mi licencia y no podría ejercer. Pero antes dígame usted para qué buscaba a Were y qué es lo que la une con Carossi. Y para qué quería ver a Tress.

—¿A Hilary?

—Ignoro su nombre. Pero es posible que sea ése.

—Hilary Tress es el marido de mi hermana. Bueno, era...

—¿Seguro?

—Claro que sí. Su último marido, por supuesto, ya que antes estuvo casada con John Manuel, el jugador de base-ball. Se divorció de él hace dos años y se casó con Hilary,

Leslie había oído hablar de Manuel. Había sido hasta hacía un par de años el mejor *pischer* del equipo de los Tigres.

—El dueño de esta casa, Stone, fue engañado por Tress, por Were y por otras personas. Le sacaron el dinero con un timo bastante común, pero que produce buenos resultados en ocasiones.

—¿El hombre que estaba con usted?

Leslie asintió.

—Y que por cierto, ha desaparecido. Lo dejé en la puerta del Makubwa cuando entré detrás de usted. Cuando salí había desaparecido. Con mi coche.

—En ese caso, ¿no ha podido ser él quien haya...?

Sólo entonces pareció darse cuenta realmente de que su

hermana había muerto, de que alguien la había matado. Hizo un par de muecas y alargó el vaso.

—No puedo creerlo. No nos llevábamos muy bien, pero asesinada de esa manera... ¿No podría verla?

—No se lo aconsejo, pero si quiere cerciorarse...

La joven bebió el nuevo vaso, hizo un gesto y luego se irguió.

—Sí, quiero verla.

Andover la precedió. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, dijo:

—No encienda la luz. Bastará con esto.

Hizo funcionar su linterna e iluminó la cama. La joven lanzó una mirada, se volvió y permaneció temblando, con la cabeza apoyada contra el quicio.

—¡Dios mío...! —dijo—. ¿Dónde...?

Corrió por el pasillo hasta encontrar la puerta del cuarto de baño. Volvió al cabo de casi cinco minutos. Estaba pálida,

—Vámonos abajo —dijo Leslie, tomándola del brazo—. Vámonos. No hace falta que la vea de nuevo.

—¿No ha avisado aún a la policía?

—No. Esperaba hablar con usted. Iba a hacerlo cuando llegó, pero...

Llegaron abajo.

—Espere un momento —dijo ella—. Me gustaría... Necesitaría tomar una taza de café.

—Debemos tocar lo menos posible, Victoria. Escuche, no me hace ninguna gracia lo que estoy haciendo y me he visto metido en ello por un tipo, por Stone, el dueño de la casa.

—No lo entiendo.

—Lo comprenderá enseguida.

Pensó durante un instante.

Si avisaba a la policía y daba su nombre, nada le libraría de una buena repulsa. Incluso podrían sobrevenir complicaciones de toda clase. Su obligación hubiera sido avisarla cuando Stone le contó la historia, pero no haberlo hecho y ahora presentárseles con un cadáver... Bueno, eso era algo más de lo que las tragaderas de la policía podían digerir.

Había repasado todo el problema velozmente. Dijo:

—Escuche, vamos a salir de aquí. Pero antes voy a limpiar todo lo que hemos tocado.

Lo hizo en un momento. Lavó los vasos en el fregadero, y los secó cuidadosamente. Luego, con el pañuelo, limpió los picaportes de las puertas.

—Haga lo mismo en el cuarto de baño —dijo.

Mientras la joven obedecía, un poco mecánicamente, él repasó la alfombra. Sus zapatos, de suela lisa, no dejaban huellas diferenciables. Tampoco parecía haberlas de la muchacha. Cuando ésta bajó ya se había puesto la trinchera. Miró las señales de las balas. En la pared encontró dos, pero se cuidó muy bien de tocarlas. Que la policía las investigase. No podían relacionarlo con ellas.

Apagó la luz y abrió lentamente la puerta. Seguía lloviendo, casi torrencialmente. A la puerta de la casa no estaba más que el coche de la joven.

Salió al jardín, y miró cuidadosamente. No se veía al policía de facción. Probablemente habría continuado la ronda o se habría guarecido en algún sitio.

—Vamos, aprisa, al coche.

—Pero ¿adónde?

—Lo decidiremos después. Por el momento lo más importante es salir de aquí.

Llegaron al coche. Nadie a la vista. Entraron en él y Victoria se puso ante el volante.

—¿Dónde?

—Vaya hacia Layers. El caso es salir de los Hights cuanto antes.

Siguieron por las calles solitarias, y durante casi cinco minutos el único ruido fue el de los limpiaparabrisas que golpeteaban incansables.

Por fin, en Layers encontraron un bar abierto. Unos cuantos taxistas tomaban café en el mostrador.

Se sentaron en uno de los reservados. Leslie pidió hamburguesas y café. Ella hizo un gesto.

—No podría tragar nada.

—Tome el café, por lo menos. Le sentará bien.

—Pobre Martha. No éramos muy amigas, pero morir de esa

manera... ¿Quién ha podido hacerlo?

—Lo ignoro —respondió Andover, mientras mordía su hamburguesa. La muchacha tenía clavados en él los ojos. Eran de un color ultramar profundo a la luz fluorescente. Llevaba un discreto maquillaje y poca pintura en los labios. Aparentaba unos veintiséis o veintisiete años. Sus piernas eran largas, pero no delgadas. Desde donde estaba, Leslie podía ver la terminación de la media derecha, con su reborde más oscuro. Ella siguió su mirada, pero no intentó bajarse la falda.

—¿Por qué no ha avisado a la policía?

Leslie se lo explicó.

—Y además, porque quería que contestara usted a mis preguntas, no a las de ellos. ¿O le hubiera gustado acaso verse en manos de la ley?

Victoria movió la cabeza.

—No, por supuesto. Pero ¿por qué piensa que habría de contestarle... a usted?

—Creo que le conviene hacerlo.

—Usted está metido en el asunto también.

Había bebido un sorbo de café. Luego se tomó la taza entera. Leslie pidió otra.

—Sólo por ayudar a un amigo. Ni siquiera sé si es cliente mío o no, a estas alturas. Su hermana Were... Martha, si quiere, y los demás lo estafaron. ¿Y sabe quiénes son los demás?

—Supongo que me va a decir que Carossi.

—Exacto. ¿Por qué lo suponía?

—Porque es una de las cosas que suele hacer Carossi.

—¿No es amigo suyo?

—¿Amigo mío ese cerdo? Lo odio.

—No lo parecía cuando la vi con él en el Makubwa

Ella jugueteó con la taza recién traída.

Hizo una pausa, mientras Leslie la contemplaba. Había terminado la hamburguesa y encendido un cigarrillo.

—Carossi es un cerdo, pero me tiene cogida.

—¿Cómo?

—Algo que hice en cierta ocasión.

—¿Qué?

—A usted maldito lo que le importa.

—Es posible. ¿De veras no conocía a Stone?

—No, hasta que lo vi con usted esta noche.

—¿Ni había oído hablar a Martha de él?

—Nunca. Miré, mi hermana y yo nos hemos visto muy poco desde que se divorció de John Manuel. Este es una buena persona, pero ella no. Se dio cuenta aunque tarde. Y entonces pidió la separación.

—¿Qué hacía Martha?

—Pues... Me gusta lavar en casa los trapos sucios.

—Estamos ante un caso de asesinato y el muerto es ella — respondió Leslie brutalmente.

Ella se estremeció.

—Lo sé. Pero aún ignoro si no sería usted quien la mató.

—No ha tocado el cadáver. Yo sí. Cuando la mataban estaba yo en el Makubwa, donde su amiguito Carossi había hecho que me dieran un golpe en la cabeza. No he podido ser yo.

Hubo un silencio.

—Tal vez... Tal vez pueda fiarme de usted.

—Creo que no tiene más remedio que hacerlo.

—Mi hermana me dio su llave, bueno, la llave de la casa de ese Stone, y me dijo que la esperase allí.

—¿Cuándo? Quiero decir, ¿cuándo se la dio?

—Esta misma tarde.

—No mienta.

—¡No estoy mintiendo, maldición! ¿No lo ve?

—¿Dónde, entonces?

—¿Importa eso?

—Me ayudará a situarme. Gracias a Just Stone, a su hermana y a usted estoy en este momento metido en un buen lío. No he informado aún a la policía, pero corro el riesgo de ser crucificado si no lo hago o si lo hago tarde. Hay una solución; descubrir el pastel, y pescar al tipo que asesinó a su hermana.

Ella lo observó durante un momento, pensativamente.

—Me dio la llave en el lugar en que trabajo.

—¿Dónde y para qué se la dio?

—¿No se ha parado a pensar en que apenas me he sorprendido al saber que habían matado a Martha? Me ha afectado, pero no me ha sorprendido demasiado. Pues bien, ella me dijo que tenía que hablar conmigo porque había alguien que quería matarla.

—¿Le dijo quién?

—No, sólo eso.

—¿Y para qué pensaba que podría usted necesitar la llave?

—Para hablar conmigo. Para decirme qué es lo que querían hacer con ella y por qué.

—Y ahora la han matado. Y Just ha desaparecido. Usted estuvo en casa de Tress. ¿Por qué?

—Sabía que era el marido de Martha. Pensé preguntarle si sabía algo acerca de lo que temía mi hermana.

—Entonces, usted había estado allí alguna otra vez.

—Sí. Una vez en una fiesta que dieron, poco después de divorciarse de John Manuel. No me gustó ella ni me gustaron sus amigos.

—¿Estaba Carossi entre ellos?

—Sí. Allí lo conocí.

—Y ahora, Victoria, ¿dónde trabaja usted?

Alzó los ojos.

—¿Importa eso?

—No deseo que vuelva a desaparecer para reaparecer de nuevo como un muñeco de guignol.

—Soy contable en una casa de remates. Una casa muy importante y muy respetable. Oh, tremendamente respetable.

Andover sacó el paquete de cigarrillos, le dio uno y encendió ambos.

—¿Por qué la tenía cogida Carossi? ¿Qué poder tiene sobre usted?

—Yo... Bueno, quizá esté haciendo una tontería. He oído hablar de ciertos detectives privados que son unos chantajistas.

—Yo, no. Y éstos duran poco cuando la policía llega a sospechar de ellos.

—Bueno, lo diré. Jugué. Con mi dinero, por supuesto, pero jugué y perdí. Si mis jefes se enteran de ello, me pondrán en la mismísima calle.

—¿Ha hecho juegos malabares con los libros de contabilidad?

—Por supuesto que no. No he tocado ni un céntimo. Pero me echarían igualmente. Son tan respetables que no podrían consentir que una empleada suya jugara. Fue en realidad una cosa tonta, idiota. Después comprendí que había sido víctima de un gancho.

Hizo una pausa.

—Nadie obliga a nadie a jugar contra su voluntad —dijo Leslie.

—¿Cree que no lo sé? —respondió Victoria con amargura—. Conocí a un tipo en una reunión. Fuimos a tomar unas copas y después me dijo que él quería jugar un poco. Me llevó al local de Carossi, y éste me reconoció. Mi compañero ganó. Cinco mil dólares en media hora. Cuando me preguntó si quería tentar la suerte juntamente con él, arriesgué cien dólares. Una hora más tarde...

—Lo de siempre —dijo Leslie—. Usted ganó bastante... hasta llegar a una cierta cantidad.

—Tres mil. Luego la racha cambió. Cuando acabamos, había perdido todo lo que llevaba encima. Me aceptaron un pagaré.

—¿Por qué valor?

—Por mil quinientos —hizo una mueca—. Ya lo ve, soy una estúpida.

—Que usted no podía pagar al contado, ¿verdad?

—No, no podía.

—Las técnicas no cambian. Le dijeron que podía fraccionar los pagos, y luego de pronto le pusieron las cartas sobre la mesa. A pagarlo todo con réditos o avisarían a sus jefes.

Ella asintió.

—¿Cuánto, en total?

—Tres mil.

—Comprendo. Y su empleo le gusta y no quiere que la echen de él.

—Por supuesto. Podría encontrar otro, pero éste es cómodo y no me ocupa demasiado tiempo. Me permite disponer de bastante tiempo libre.

—¿Quiénes son? Me refiero a la firma que la emplea.

—Harvester y Harvester.

Leslie había oído hablar de ellos. Sus remates eran célebres

porque sólo aceptaban subastas muy buenas. Barajaban cifras de millones de dólares.

—Comprendo.

Hubo un silencio.

—¿Quién tiene sus pagarés? ¿El propio Carossi?

—Sí. Esta noche quise verlo para pedirle por última vez que me permitiera fraccionar la deuda. Se negó, diciendo que no podía, verdaderamente. Pero me propuso otra cosa.

—¿El pago persona a persona? —preguntó crudamente Leslie.

Ella alzó los ojos.

—No, no le interesan las mujeres. Por otra cosa.

—¿Cuál?

—Supongo que he ido demasiado lejos ya para detenerme. Supongo que puedo fiarme de usted. En caso contrario... tendré que buscarme otro empleo.

—Puede confiar en mí, siempre que no me haya engañado.

—Harvester va a subastar la colección de cuadros y muebles de un millonario sudamericano. Hay entre los objetos una pieza de plata atribuida a Bellini. Una estatuilla, una cosa pequeña, pero de muchísimo valor. Carossi la desea. Y quiere que yo la sustituya en el último momento por una falsificación.

Leslie frunció las cejas.

—Diablos. El tipo es ambicioso. Pero si el comprador es entendido, se dará cuenta pronto de la falsificación.

—Eso a Carossi le tiene completamente sin cuidado. Harvester se habría responsabilizado y por tanto se las tendría que entender con el comprador.

Se encogió de hombros. Había en sus ojos un resplandor extraño.

—Eso es lo que quiere. Si lo hago romperá el pagaré en mi presencia.

—Rompería una bien hecha fotocopia y usted seguiría teniendo que pagar.

—Ya lo he pensado, pero, ¿qué hacer? Y luego el asesinato de mi hermana. Le confieso que estoy desesperada.

Leslie Andover lo pensó durante un momento.

—¿Es todo?

—¿Le parece poco, mister...?

—Andover. Leslie Andover.

—¿Andover?

—¿Qué le extraña?

—He oído hablar de usted.

—Mucha gente ha oído hablar de mí. ¿A quién?

—No recuerdo en este momento.

—Bueno, déjelo. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé, ya se lo he dicho. Estoy desesperada. No quisiera perder el empleo en Harvester, pero me estoy acostumbrando a la idea.

—Puede hacer una cosa. Llame a Carossi y dígame que sabe que estafó a un hombre.

—Lo he pensado, cuando usted me lo dijo. Pero ¿serviría de algo? No lo creo, simplemente. Supongo que esas cosas no estarán penadas. Quiero decir, que se habrán cubierto las espaldas con documentos legales y todo eso.

—Por supuesto.

—Ya lo ve. Por otra parte, queda el asesinato de Martha. ¡Dios mío, qué manera de morir! Tal vez si hubiera dado con ella cuando la buscaba, hubiese podido salvarse. La habría llevado a mi casa y allí tal vez no la hubiesen encontrado.

Enterró la cara entre las manos. No sollozaba. Simplemente parecía haberse abstraído de todo lo que la rodeaba. Andover le tocó el hombro con un dedo.

—Si tuviera la absoluta seguridad de que me ha dicho usted toda la verdad, quizá pudiese encontrar una manera de solucionarle eso —dijo.

Ella alzó la cabeza. Sus ojos brillaban ligeramente.

—¿Cuál?

—¿Me ha dicho la verdad?

—Toda la que yo conozco.

Leslie la miró pensativamente durante unos instantes.

—Vamos a darlo por supuesto, Victoria. Pero después tendrás que ayudarme tú a mí.

—Lo haré, mister...

—Leslie. Llámame Leslie.

—Lo haré, Leslie.

—Espérame aquí. No tardaré.

Ya en la cabina telefónica, dudó. Un solo segundo. Había pensado avisar anónimamente a la policía, pero ello podría perjudicarle en lo que pensaba hacer. Al fin y al cabo, mientras la policía no pudiese establecer alguna conexión entre él y el cadáver de Martha, cuando encontrasen éste, no corría peligro alguno.

Llamó a casa de Stone. El teléfono estuvo sonando durante casi cinco minutos. O no había nadie, o no lo cogían. Stone no había ido a su casa aún o estaba lo suficientemente asustado como no atreverse ni a responder.

—¿Dónde diablos estará ese borracho indecente? —dijo en voz alta, mientras marcaba otro número.

Una voz adormilada le respondió al instante:

—¿Bill?

—Sí, mister Andover. ¿Para qué me llama a estas horas? Estaba durmiendo.

—Bill, te necesito. Tienes que hacer algo para mí.

—¿A estas horas, mister Andover?

—A estas horas, Bill. Son las mejores que conozco.

—Bueno, pero...

—¿No vas a hacerlo, Bill?

—De sobra sabe usted que sí. ¿Dónde...?

—Ve a Lanusse esquina Triphon Road. Estaré allí esperándote en un «chevy» verde. Cuanto antes, Bill.

—Está bien, mister Andover. Está bien.

Volvió donde estaba la muchacha.

—Vamos.

—¿Dónde?

—Pronto lo verás.

Entraron en el «Chevrolet» de la chica y Andover le dijo:

—Guía hacia Triphon Road. La conoces, ¿verdad?

—Eso está en la parte baja, hacia el río, ¿no?

—Sí. No conduzcas aprisa.

Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a ella. Fumaron en silencio.

Cuando llegaron a Triphon, eran ya las dos y cuarto.

—Aparca en la esquina próxima. Hay sitio, y nadie te dirá nada. Ella obedeció. Se volvió hacia él.

—¿Y ahora?

—Esperaremos. Vendrá alguien.

Dio una chupada al cigarrillo.

—Victoria, ¿cómo diablos se te ocurrió meterte a contable?

—¿Por qué no había de hacerlo?

—Veo un montón de trabajos mejores para ti.

Había bajado la mirada hasta las piernas de la muchacha. Ella siguió sus ojos. No intentó bajarse la falda, que se había subido ligeramente para poder conducir cómodamente.

—Da la casualidad de que soy contable diplomada. Si lo que quieres decir es que podía haberme dedicado a modelo o a la pesca de marido, te diré una cosa. Muchos otros me lo han indicado ya. Pero mi trabajo me gusta y Harvester y Harvester, los dos primos, son lo suficientemente canónicos como para no fijarse en si mis pantorrillas son de ésta u otra forma.

—*Touché* —dijo él—. ¿Te molestaste?

—¡Oh, no! Soy mayor de edad y conozco mis... posibilidades. Pero no deseo emplearlas... aún.

Andover le pasó el brazo por encima de los hombros.

Ella se puso ligeramente rígida.

—He dicho que no deseo utilizar mis posibilidades... aún. Me reservo el derecho de elegir, no de ser elegida.

—Conforme.

Quitó el brazo. Había sido un globo sonda, ya que en realidad no sentía un impulso demasiado fuerte para abrazarla.

Se mantuvo en silencio.

—¿Enfadado, Leslie? —preguntó ella suavemente.

—No.

—Lo parece.

—No.

Ella le puso la mano sobre la rodilla.

—Escucha, no es nada personal contra ti. Simplemente..., no me gusta que me manoseen... en ciertos momentos.

—Déjalo ya, ¿quieres?

—Pero es que...

—Te he dicho que lo dejes.

Un hombre se detuvo junto a ellos, en la ventanilla del lado de Leslie.

Este abrió.

—Hola, Bill. Entra aquí.

Se apartó, acercándose a la joven para dejarle sitio al recién llegado. Este era un hombrecillo de cuerpo enteco, cubierta la cabeza con una gorra de visera. La escasa luz no permitía ver sus rasgos. Llevaba un gabán oscuro.

—Bill, ésta es una amiga mía. No necesitas su nombre.

—De acuerdo. Gusto, señorita. Los amigos de mister...

—Puedes decir mi nombre. Ella lo conoce. No estoy tratando de conseguir un plan barato y a hurtadillas, Bill.

—Usted no necesitó nunca esas cosas, mister Andover. Bien, señorita, los amigos de mister Andover son los míos..., aunque no todos los míos sean los suyos.

Hizo una risita conejil.

—Bill, no voy a perder tiempo con historias. En un lugar hay una caja fuerte y necesito que la abras. Ahora mismo. Es decir, tan pronto como te hayas hecho con las herramientas.

Bill se volvió hacia ellos. Los rasgos de su cara eran casi indistinguibles.

—Usted me hunde, mister Andover. Hace años que no he hecho esto y esperaba no tener que hacerlo nunca más.

—No es nada delictivo lo que te propongo, Bill. Te lo aseguro.

—Lo sé, señor Andover, pero... sí lo es abrir una caja que no le pertenece a uno. Por otra parte, ¿y mi conciencia?

—¿Bastarán doscientos papiros para apaciguarla un poco, Bill?

Había una nota de reproche en la voz del hombrecillo.

—Mister Andover, si hago una cosa así no sería por dinero. Usted me hizo un gran favor en cierta ocasión. Ni por mil dólares lo haría, quiero que lo sepa. Sólo por amistad y por pagar algo que...

—Gracias, Bill. Eso quiere decir que lo harás, ¿verdad?

Bill suspiró.

—¿Qué remedio? ¿Es muy importante para usted?

—Sí.

—Bueno..., lo haré.

—¿Cuánto tiempo te tomará coger las herramientas y acercarte al Makubwa?

Hubo una nota de sorpresa en la voz de Bill.

—¿Es que es allí, mister Andover?

—Allí precisamente, Bill.

—Conozco el sitio. De pasada, vamos, pero lo conozco. ¿Qué hay que hacer?

—Habla tú —dijo Andover volviéndose a la muchacha.

—La caja —dijo ésta que no había abierto la boca hasta entonces— está en un rincón del despacho de ese hombre. Una vez me hizo salir por la puerta de atrás, que da a un callejón.

—Conozco esa puerta —dijo repentinamente Bill. Andover sonrió—. No es difícil de abrir, para... uno como yo.

—Luego hay un almacén, un pasillo y otra puerta. Esta da al corredor que tú conoces, Leslie. A la derecha, al fondo, hay otra puerta. Es la del despacho.

Parecía haberse hecho cargo rápidamente de las circunstancias, pensó Andover sonriendo en la oscuridad.

—Señorita, ¿sabe usted cómo es la caja? ¿Marca y todo eso?

—No, por supuesto que no. Es alta, de unos cinco pies, y tiene una manija y una rueda. Espere. Hay algo así como un círculo con una cruz dentro...

—Ya. Una «Smith Corot». Probablemente un modelo nuevo. La conozco.

—¿Cuáles no conoces tú, Bill?

—Pues pocas, mister Andover, pocas, más bien. Bien, el Makubwa acaba a las tres o las cuatro, ¿no?

—A las dos el bar, pero el juego hasta las dos y media —respondió Victoria.

—Entraré a las tres.

—Bill...

—¿Sí, señor Andover?

—Bill, lleva cuidado. Detrás de una de las puertas hay una rubia alta y fuerte. De un solo golpe puede mandarte a dormir por unas cuantas horas. No sé si estará, pero...

—Llevaré cuidado, mister Andover.

Agitó un brazo en el aire. Luego, abrió la portezuela.

—¿Qué he de buscar, mister Andover?

—Un pagaré. Y posibles copias motostáticas. Todas, Bill, asegúrate bien de ello.

—Sí, señor. Lo haré. ¿Dónde lo llamo?

Leslie lo pensó un momento.

—A mi casa, Bill. Conoces el teléfono. Y si quieres llevarte algo para ti...

—Sí, señor. O.K. Hasta luego. Y..., señor Andover, por lo que más quiera: la policía ha dejado de preocuparse de mí, pero bastaría un... Procuraré dejar huellas falsas para que no sospechen de mí.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes.

—Adiós.

Desapareció entre la lluvia.

—Vamos a mi casa —dijo Leslie Andover.

CAPÍTULO V

—¿CREES que lo conseguirá? —preguntó la muchacha.

—Bill es uno de los mejores reventadores que han existido en el país. Se retiró hace unos tres años, pero sigue teniendo buena mano.

—Debe estarte muy agradecido.

—Al parecer.

La joven se dejó caer en el diván de la salita de Leslie.

Este tenía ya el teléfono en la mano. Estaba llamando a casa de Justin Stone. Nadie. Hizo lo mismo a casa de Tress. Nadie. Colgó, con una arruga de concentración en la frente.

—¿Tienes hambre o quieres tomar algo?

Ella movió la cabeza. Luego, de pronto:

—Sí, beberé algo.

—En la cocina. Prepárame otra a mí. Un poco fuerte.

Miró el reloj. Las tres menos cuarto.

—Aún falta un poco. Más vale que duermas un rato, si quieres.
En mi cama.

Ella levantó la mirada. Leslie sonrió torcidamente.

—Yo, no. No te preocupes. Estarías sola en ella.

—No me preocupo. Estaba pensando... en por qué haces esto por mí.

—No lo sé, maldición. Sólo sé que estoy metido en un lío, y, al parecer, tú formas parte del mismo.

—Were... —dijo ella, apareciendo en la puerta con los dos vasos
— estaba liada con esos tipos, ¿no? Con Carossi, su marido...

—Y un tal Maurin.

La joven detuvo a medio camino el vaso que le iba a entregar.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho Maurin.

—¿Rick Maurin?

—No lo sé. Sólo el apellido. ¿Quién es Rick Maurin?

—¿Seguro que te dijo ese nombre?

—Sí. Bueno, ¿lo conoces o no?

—No creo que se trate del mismo.

Leslie dejó su vaso encima de la mesita, tratando de controlar su voz.

—Vamos, habla. ¿Quién es?

—Un artista.

—Ese es un término muy vago. ¿Artista, en qué?

Ella tragó saliva perceptiblemente.

—Es un escultor.

—¿Le conoces bien?

—Pues... hemos salido juntos algunas veces.

Leslie tomó de nuevo el vaso y lo apuró de un trago.

—Vamos a ver si podemos ponerlo en claro. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—Pues... unos dos o tres meses. Tal vez algo más.

—¿Muy íntimamente?

—No sé lo que quieres decir con eso, pero no es lo que puedes figurarte.

—No me figuro nada. ¿Íntimamente, quiero decir, sabes mucho acerca de él?

Junto a la mesita había un soporte para el teléfono. Distraídamente, Leslie tomó la guía y la ojeó.

—Maurin, aquí está.

Ella se puso en pie y le arrancó la guía de la mano;

—¿Tan importante lo crees? Esta noche me has hecho un gran favor. No quisiera que creyeras que soy una desagradecida.

—En ese caso, responde.

—Sé de él muy poco. Fuimos presentados en una fiesta. Me pareció un hombre extraordinario. No sólo por su presencia física,

que ya es impresionante, sino por su personalidad.

Andover se sintió vagamente molesto.

—Seguro. Te acorraló y te demostró toda su personalidad en diez minutos.

Ante su sorpresa, ella asintió.

—Algo así, pero no como lo describes. Maurin no necesita desarrollar su personalidad en diez minutos. Simplemente, la tiene. Me pidió que saliera con él y me llevó a su estudio.

—Por favor, prescinde de las escenas de alcoba —dijo Andover.

Ella le lanzó una mirada extraña.

—¿Quieres otro vaso?

—No.

—Es inútil que me insultes. No me puso la mano encima. Pero me dio la impresión de que lo hubiese hecho de haberlo querido, y de que me hubiera gustado.

—En ese caso —retrucó Leslie impaciente—, ¿para qué diablos te llevó a su estudio? ¿Quería mostrarte sus obras de arte?

—Una obra de arte.

—¿Sí? ¿Cuál?

—No podría describirlo.

—Bueno, pues no lo describas. Cuando quiero saber algo de arte leo las reseñas del Ciarán.

—Supongo —dijo ella lentamente—, que un detective particular no tiene obligación de entender de arte.

—¿Un contable, sí?

Parecían un par de gallos de pelea. Súbitamente, Andover sonrió.

—No hagas caso. Dices que Maurin es escultor, ¿no?

—Sí.

—¿Has vuelto a su casa? No, espera, no se trata ahora de que me cuentes lo estupendo que es Maurin. Lo que quiero decir es, ¿podrías ir a su casa, conmigo?

Ella lo miró extrañada. Había un reflejo especial en sus ojos azules.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor. Pero no antes de que me llame Bill.

Siéntate.

Ella, que se había puesto en pie, obedeció. Hubo un silencio.

—¿Para qué quieres ver a Maurin?

—No lo sé. Di que es un pálpito. Una corazonada.

—Pues... tal vez, pero no tengo la confianza suficiente como para presentarme de madrugada en su casa.

—Me alegro de oírtelo decir.

Lo había dicho sonriendo, pero sus ojos estaban serios.

Estaba pensando furiosamente. Justin debía estar en alguna parte. No podía haberse evaporado con la carga de alcohol que llevaba encima. Pero ¿dónde?

Volvió a coger el teléfono y a llamar a casa de Just. Nadie. Lo mismo en la de Tress. La alarma no había sido dada, pues. El cadáver continuaba en aquella casa. Y en cuanto al otro problemático cadáver...

Ella lo observaba con expresión un poco gatuna. Cuando Leslie iba a hablar, oyó el timbre de la puerta.

Se alertó al instante.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Victoria.

—No.

La idea de que pudiera ser Just le había asaltado. Señaló al dormitorio con el dedo pulgar.

—Métete ahí y no salgas pase lo que pase. Y cierra la puerta.

Ella obedeció. Pero antes recogió su vaso y su gabán. Un momento después, la puerta se cerró tras de ella.

Leslie fue a la entrada y abrió. No era Just.

Llevaba una trinchera azul marino, con el cuello levantado. El largo pelo rubio, caído sobre los hombros y mojado. En los labios un color casi naranja y algo de un plata azulado en los párpados.

—Hola.

—Es una sorpresa —dijo Andover pensando rápidamente. Al abrir había llevado la mano al sobaco, y allí la dejó. Más que a la mujer observaba la oscuridad del corredor de la escalera detrás de ella.

No parecía haber nadie. Las sorpresas no se hacen así. Hay uno en la puerta y otro entra inmediatamente que ésta es abierta.

—Estoy sola —dijo ella como si le estuviese adivinando los

pensamientos.

—Pase.

Entró. Andover sacó la pistola y se colocó a un lado de la puerta.

Nadie.

Luego cerró y echó el cerrojo.

—¿Es necesario? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Lo es, Karen.

Ella pasó hasta el centro de la habitación. Se mantuvo un momento en pie.

—No me gusta malgastar palabras. Comprendo que debería decir: «Se sorprende de verme, ¿verdad?»

—Pues ya está malgastando algunas y precisamente diciendo lo que asegura no debería decir —respondió Andover—. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted. ¿Puedo sentarme? Veo que aún no pensaba acostarse.

—Por el contrario, pensaba acostarme.

—No tardaré.

Leslie la miraba fijamente. No parecía cortada por el seco recibimiento. Ni tensa siquiera. Parecía absolutamente tranquila.

—¿Puedo sentarme?

—Hágalo, pero no tarde en decir lo que sea. Quiero acostarme.

Ella se quitó la gabardina. Debajo llevaba simplemente un vestido en forma de túnica china, pero que le llegaba bastante por encima de las rodillas. Un dragón amarillo naranja se desperezaba en su pecho, con las garras encima justamente de los senos.

Andover había visto muchas mujeres hermosas en su vida. Pocas tanto como ésta. El cuerpo, bien moldeado por la gimnasia y algún deporte, era perfecto. Una cintura casi inverosímil por lo estrecha y dos caderas redondas acababan en un par de piernas como dos torneadas columnas.

Más arriba de la cintura, el resto nada desdecía del conjunto.

Ella siguió su mirada con absoluta tranquilidad. La habían debido mirar muchas veces, y no siempre tan objetivamente. Debía estar acostumbrada.

Se sentó, no dejándose caer en la silla, sino posándose con una ligereza impropia de su peso.

—Hable —dijo Leslie.

—¿Puede darme algo de beber?

—¿Cerveza o whisky?

—Whisky.

Andover fue hasta la cocina sin perderla de vista. Llenó un vaso y se lo llevó. Puso para sí un par de dedos. Era buen bebedor, pero no quería emborracharse y aquella noche ya había tomado lo suficiente.

Ella bebió la mitad y dejó el vaso sobre la mesita.

—Gracias.

—Y ahora, hable.

—Usted iba buscando a alguien en el Makubwa. Encontró otra cosa.

—Un golpe suyo. Me cogió de improviso.

—No lo pongo en duda. Conozco bien a los hombres. Soy masajista y eso no nos hace crearnos ilusiones sobre ellos. Usted es más fuerte que la mayoría.

—A las dos de la mañana los cumplidos me tienen sin cuidado. Siga.

—Sólo contestaba a lo que dijo. Pues bien...

—Un momento antes; ¿la envía su amo Carossi?

—¿Ese cerdo? No. Me envió yo sola.

—¿De veras? Bueno, no la creo, eso es todo. Su amo, su amante, lo que sea, la ha enviado. Diga de una vez lo que quiere.

—¿Por qué buscaba usted a esa chica?

—Porque... las preguntas las hago yo. Usted ha venido a mi terreno. Le toca hablar.

—¿De veras? —dijo ella con una sonrisa irónica en los arqueados labios—. ¿De veras no tiene usted ninguna pregunta que hacerme?

—Si viene de parte de Carossi, no. Se las haré a él mismo.

—¿Y si viniese de mi parte, únicamente? Por mi cuenta, quiero decir.

—Entonces, tal vez. Vamos a ver si nos dejamos de charlatanerías. Dijo que no le gustan las palabras inútiles.

Ella bebió otro sorbo.

—No. Usted anda buscando algo y tal vez yo tenga la respuesta.

—Pues responda.

—¿Qué ganaría con ello?

—Tal vez... —Andover se echó a reír—. Bueno, váyase a casa y díglele a su amo que la cosa no funcionó. Y díglele también, si quiere, que no tengo nada que ver con él.

—Embustero. Usted está encargado de algo. Y ese algo sólo puede referirse al dinero de cierta persona.

Andover dio dos pasos y le cogió la muñeca.

—¿Quiere luchar? —preguntó ella tranquilamente.

—Si llega la lucha no voy a volver la espalda. Peso diez kilos más que usted y ahora no estoy desprevenido. No me fijaré siquiera en que es una mujer.

Ella intentaba soltar la muñeca. Andover fue levantándola de su asiento casi a pulso, preparado para la llave que ella pudiera utilizar.

La llave no vino. Ella alcanzó la vertical y los dos cuerpos casi estaban juntos.

—Bueno, ¿no va a defenderse?

—No. No he venido a eso. Ni me envía Carossi ni soy su amante, porque él no tiene amantes. No le gustan las mujeres.

—Entonces, ¿qué quiere?

Comprendió que le había hecho daño en la muñeca. Su apretón, él lo sabía bien, era fuerte. Súbitamente la soltó y el cuerpo cayó de nuevo en el sillón.

—Quiero parte de ese dinero.

—¿No se lo da Carossi?

—Carossi no da nada si puede evitarlo.

—O Tress o Maurin.

Ella le lanzó una extraña mirada.

—¿Y por qué no Were?

—¿Quién es Were?

—No sea idiota. Lo sabe perfectamente. Ninguno de ellos me dará a mí nada. Yo soy simplemente la guardaespaldas inesperada de Carossi. Si alguien lo ataca, ataco yo. Una especie de perro de vigilancia. Los hombres buscan siempre un guardaespaldas hombre. Carossi tiene sus propias teorías sobre ello.

—Creo que comprendo —dijo Leslie.

—A usted mismo le ocurrió. Se distrajo porque no me esperaba a mí.

—Bien, ¿qué hay con ello? Usted sabe dónde está el dinero, ¿no?

Ella alzó los ojos.

—Llevo diez años en este país. He aprendido en él que aquí todo el mundo va a lo suyo. Con Carossi no seguiré mucho tiempo. No hay manera de subir. Si le gustasen las mujeres hermosas tendría muchas probabilidades, pero no es así. Por tanto..., deseo subir por mis propios medios.

—¿Aunque tenga que traicionar al que le paga?

—Aunque haya de hacerlo. No me importa. Me importo yo.

Tenía los ojos clavados en él. Los labios entreabiertos, el cuerpo relajado. Parecía esperar las próximas palabras del detective.

—¿Qué precio pide?

—Digamos la mitad de lo que se pueda conseguir.

—¿Usted conoce a Stone?

—Lo conozco. Le he visto varias veces. Es un idiota y merece lo que le ha ocurrido, pero no estamos tratando de eso.

—Vamos a ver si no nos enredamos. Usted está tratando de decirme que ese dinero no ha sido repartido entre los que estafaron a Stone, sino que se conserva en bloque y en algún sitio. ¿Es eso?

La mujer sonrió.

—No he dicho eso. Lo que quiero decir es que tengo pruebas de que fue estafado.

—Pero eso no serviría de gran cosa si el dinero ya no existiese.

—Existe.

—¿Y usted sabe dónde está?

—Lo sé.

—¿Por qué no ha intentado ponerse en contacto con Stone?

—Porque no me merece ninguna confianza. Porque es un imbécil y estaba loco por Were.

—¿Estaba?

—Es una manera de hablar. Está, quise decir.

—¿Y por qué se dirige a mí?

—Porque usted lo representa, ¿no?

—Yo no lo he dicho —respondió Leslie.

—¿No? Bueno, es lo mismo. ¿Sí o no?

—Tal vez. Tal vez lo represente.

Ella sonrió.

—Y hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—El dinero para usted y para mí, a partes iguales.
Prescindiendo de Stone. Prescindiendo de todos.

Leslie sacó un cigarrillo y le ofreció. Ella movió la cabeza negativamente.

—No fumo. Me cuido. Vivo de ello.

Leslie dio una larga pipada al suyo.

—Eso me parece muy interesante, Karen. ¿Usted puede llegar al dinero?

—Puedo.

—¿Cuándo?

—Cuando yo quiera. Y querré cuando usted se comprometa a partir conmigo. Y... le prevengo que no me deje engañar.

—Lo creo.

La miró de arriba abajo.

—Un compromiso podría comenzar por conocernos un poco mejor.

—¿En qué sentido?

—En todos. Mi nombre es Leslie.

—Lo sé, Leslie.

—Y podrías continuar por decirme dónde están Tress, Were y Maurin.

Ella hizo una ligera pausa. Su boca se había entreabierto, pero no sonreía. Los dientes, blancos, fuertes, iguales y naturales, le hacían semejar a un animal joven, sano y peligroso.

—¿Para qué?

—Lo quiero saber.

—No me he explicado bien. Tú seguías a esa chica. ¿Por cuenta de Stone?

—Tal vez.

—Habla claro, ¿sí o no?

—Sí.

—Ella es hermana de Were. ¿Lo sabías?

—No.

—Lo es. Y Were está casada con Tress. Tú andabas en la caza por alguna razón. Dímelas. Yo puedo conducirte al dinero y a las pruebas para evitar que nos puedan procesar por ladrones. Si ellos saben que tú tienes las pruebas, no nos perseguirán legalmente por apoderarnos del dinero. ¿Por qué quieres saber dónde está esa gente?

Leslie admiró el razonamiento de la mujer. Era perfecto, tan perfecto como las rodillas y las piernas que le dejaba ver su postura.

Pero él no había agotado sus razonamientos.

CAPÍTULO VI

SABÍA que probablemente Victoria estaba escuchando la conversación. Una rápida mirada a hurtadillas a la puerta le había demostrado que ésta no estaba del todo cerrada. Victoria no hubiera sido humana si no hubiese intentado enterarse.

—Muy bien. Stone ha desaparecido. No logro encontrarlo —dijo.

—¿Desaparecido? ¿Dónde?

—Estaba en mi coche cuando llegamos al Makubwa. Cuando salí de allí, había desaparecido. Y pienso que estará intentando encontrar a los que le estafaron.

Ella parecía extrañamente indiferente. Su mirada vagaba alrededor del cuarto, como si no pudiera concentrarla.

—Carossi estará probablemente camino de su casa.

—¿No tenías tú que acompañarlo?

—No cuando va a su casa. Yo duermo en el Makubwa.

—¿Y los demás?

—Were y Tress supongo que en la suya. Maurin, en su estudio. Por cierto...

Lo miró de frente.

—¿Sabías que la chica a la que seguías es la amante de Maurin?

—No. No había llegado ahí en mis investigaciones.

—Oh, lo son. Maurin es un tipo fascinante para algunas mujeres. Sobre todo para esas inexpertas que apenas conocen al sexo contrario.

—¿Para ti no?

—No. Y lo ha intentado.

—¿Fascinarte a ti?

—Por supuesto. Tú me has visto no tan abrigada como ahora. Reconocerás que valgo la pena.

—En efecto. Los hombres deben encontrar en ti algún remoto encanto maternal. Eres muy fuerte.

Ella pareció por primera vez perder la serenidad.

—No es eso lo que buscan en mí.

—Oh, no lo sé. Hablo no por mí, sino por lo que he leído acerca de esas cosas. Freud y Jung, ya sabes.

Ella cerró los labios.

—Maurin lo intentó y le demostré por qué no me sentía atraída. Lo tomó con una risa de conejo, pero no volvió a molestarme.

Leslie sonrió. Luego, repentinamente, dijo:

—¿Vamos por el dinero, Karen? ¿Dónde?

—¿No te interesan las pruebas? A mí, sí. Carossi no solamente me tiene a mí como guardaespaldas. En un momento dado puede poner en pie de guerra cinco o seis tipos duros y no con los músculos precisamente, sino con las pistolas. Puede hacerlo.

—También las pruebas, por supuesto.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Ahora. Déjame cambiarme la ropa. Tengo los bajos de los pantalones húmedos.

—Hazlo.

—¿Es muy lejos?

—Algo.

—¿Has traído coche?

—Sí.

—Es un momento.

Ella se había puesto en pie. Leslie la cogió por la cintura, sin hablar. Los ojos estaban fijos en él. No resistió. Por el contrario, abrió los labios. Leslie sabía que era muy capaz de hacerle una llave de lucha japonesa, de pancrancio, o bien de hundirle una rodilla en el bajo vientre, pero algo le decía que no emplearía ninguno de esos trucos ahora.

La besó. Dos fuertes brazos le rodearon el cuello y ella respondió al beso con un fuego que le asombró.

Cuando los labios se separaron dijo:

—Creí que las rubias absolutamente naturales como tú eran más bien frías.

—Sabes poco acerca de las rubias absolutamente naturales.

Hizo una pausa.

—El dinero puede esperar, Leslie. Y las pruebas también. Tenemos tiempo.

—¿De veras?

—Sí. No necesitamos correr tanto.

Volvió a besarlo. Luego, miró al dormitorio.

—¿No te parece que todo eso puede esperar ahora?

—No —respondió Leslie desasiéndose—. Primero podemos solucionar ese asunto. Luego..., no faltará tiempo. Palabra.

Ella sonrió. Luego, de pronto:

—Bueno, ya puedes decirle a ésa que salga. Y si otra vez quiere esconderse en un dormitorio, que no se olvide que usa un perfume que no se evapora rápidamente.

Se apartó de Leslie y éste se preparó. Pero la mujer sólo estaba cogiendo su abrigo.

—Es un perfume que cuesta caro. Yo, por ejemplo, no puedo pagármelo con lo que me da Carossi. Puedes continuar con ella justo en el momento en que lo hemos dejado tú y yo, si consideras que vale la pena.

—Sal, Victoria —dijo Leslie, sin moverse de su sitio.

Y ella apareció.

—Bruja asquerosa —dijo a Karen. Esta sonrió.

—La pequeña tramposa. Hacéis muy mala pareja. A no ser que a Leslie le gusten los postres. No parece el tipo de hombre que se conforma con lo que otros dejan, pero hay gustos para todo.

Con el abrigo en la mano, se dirigió hacia la puerta. Leslie, en dos saltos felinos, le cortó el paso.

—Espacio, Karen.

—Déjame pasar.

—No.

Ella, con los labios apretados, dejó caer el abrigo al suelo.

Leslie sabía lo que vendría después y no esperó.

Le dio un golpe en la mandíbula, sin permitirle siquiera esbozar el contramovimiento. Karen dobló la cabeza hacia atrás y cayó al suelo.

La alfombra amortiguó el golpe.

—No habrás creído... —dijo Victoria, furiosamente.

—No creo nada.

Cogió el cuerpo de la masajista y lo dejó sobre uno de los sillones. En ese momento sonó el teléfono.

Leslie lo cogió rápidamente. La voz de Bill llegó hasta él:

—Mister Andover, eso está hecho.

—¿Lo encontraste?

—Sí. El original y diez copias muy buenas. Lo tengo todo.

—¿No hubo interrupciones?

—No, señor. No las hubo. ¿Qué hago con ello?

Leslie tapó el auricular.

—¿Dónde vives? —preguntó a Victoria. Esta lo miró extraña—. Es para enviártelo por correo. Es el modo más seguro de que te lleguen. Ya está. Había diez copias. Carossi te iba a sacar el jugo bien.

—¿No puede entregárnoslo ahora?

—No, no puede. Ya ha hecho bastante.

—En Madison 1.242.

—Mister Andover, ¿está ahí? ¿Me ha oído? —insistía Bill.

—Tráeme un whisky, ¿quieres? —dijo Leslie a Victoria—. Lo necesito.

—Mister Andover..., ¿está ahí? Es que hay algo que...

—Sí, Bill. Ahora te atiendo.

Victoria fue hacia la cocina. Cuando entró, Leslie dijo rápidamente, destapando el auricular:

—Bill, llévate todo a casa. Y olvídate del asunto hasta que yo te avise o te vea.

—Conforme, mister Andover. Pero verás, es que hay algo... que me gustaría que supiera. Es algo...

Colgó. Cuando Leslie se volvió, vio los ojos de Karen fijos en los suyos. La mujer había despertado, pero no se había movido del sillón. No sabía cuánto podría haber oído.

Victoria volvió con el whisky.

—Toma. ¿Lo enviará?

—Claro.

—Bueno, en ese caso... ya no tengo nada que hacer aquí. Supongo que puedo marcharme.

—Yo te acompañaré.

—No es necesario, de veras.

—Como quieras.

—En cuanto a mí, ¿qué piensas hacer? —preguntó Karen.

Leslie la miró fijamente.

—Aún quiero hablar contigo.

—¿Hablar o pegarme? —retrucó ella con una ligera sonrisa. Se tocaba el mentón, donde la había golpeado el puño del detective.

—No quiero pegarte. Sólo quería evitar que te marchases.

Victoria había cogido el gabán. Se dirigió hacia la puerta.

—¿Te veré mañana?

—¿Quieres decir hoy ya? Es posible. Telefonéame.

Victoria agitó la mano en el aire y salió. Leslie se volvió hacia Karen, que se había puesto en pie.

—Bien, ahora la verdad. Estamos solos.

—¿La verdad? Simple, es muy simple. Tengo miedo.

—¿A quién temes?

—A Carossi.

—¿Por qué?

—Sé demasiado, y él sabe que lo sé. Tengo miedo.

—¿A que te... liquide?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez. O a que me enrede en algo con la policía. Es un maestro en hacer cosas de ésas. Tender trampas a la gente.

—¿Me has dicho la verdad con respecto a esa mujer?

—Sí. Es la verdad. Ha jugado bastante en el garito de Carossi.

—Ella dice que le quiere cobrar demasiado por la deuda.

Karen lo miró. Sus ojos eran casi líquidos a la luz de la lámpara.

—Oh, lo normal. No se trata de eso. Se trata de que... Es demasiado complicado y no lo creerías. Pensé simplemente que si llegábamos al dinero, podría escapar de ese tipo. Sabe algo acerca

de mí, y si permanezco con él tarde o temprano lo hará saber a la policía.

—¿Qué es?

—Entré con pasaporte falso en los Estados Unidos. No soy finlandesa, como consta en el pasaporte, sino letona.

—Rusa, por tanto.

—Así es. Al menos, oficialmente. Pero los letones no somos rusos.

—Ya lo sé. Así que eso es lo que tiene contra ti.

—Sí. Bastaría con que lo dijese a la policía, para que se me amontonasen las dificultades.

—¿Qué tiene contra ti? Me refiero a qué es lo que podría llevarlo a denunciarte.

—Simple. Carossi es un ser complejo. No le gustan las mujeres, pero tampoco se ha deslizado hasta el homosexualismo. Eso le crea una serie de represiones de las que no puedes hacerte cargo. Yo era estudiante de Medicina en Riga antes de llegar a los Estados Unidos. Sé algo de eso, pues. Me odia porque no puede ni ser hombre conmigo ni mujer, como hacen algunos otros. No sé si entiendes.

—Creo que sí. Pero, mientras tanto, te utiliza.

—Sí. Y por otra parte, sabe que yo sé dónde está el dinero. Me lo dijo un día en que parecía odiarme más que otras veces, y al mismo tiempo desearme. Supongo que lo que quería era darse importancia, hacer que yo lo admirase.

Leslie asintió.

—¿Dónde está ese dinero?

—Lo sé yo, pero no lo diré.

Leslie sorbió un poco de su whisky.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imagino.

—Sí, creo que sí. Ha llegado a creerse un gran hombre de empresa. Y necesita ese dinero para poder abrir un gran salón de juego en Las Vegas. Eso cuesta muy caro, porque hay que pagar al Sindicato.

—Entiendo.

Todo iba concatenándose. Muerta Were, quizá muerto Tress, y

Justin huido...

¿Huido?

¿O muerto?

Leslie aspiró el aire profundamente. Había visto muchos mentirosos en su vida, pero Karen no le parecía uno de ellos o era muy lista.

Se decidió de pronto.

—Vamos.

—¿Dónde? Yo debería volver al Makubwa. A veces, Carossi llama por la noche sólo para saber si estoy allí. Un par de veces se ha presentado de pronto para ver si me cogía con un hombre.

—¿Y lo consiguió?

—No. No vine a los Estados Unidos a buscar hombres, sino a procurar abrimme camino. A terminar mi carrera. Hasta ahora no lo he logrado.

—Bien, sea como sea, no vas a volver al Makubwa hasta que yo pueda averiguar unas cuantas cosas.

—¿A... la fuerza?

—No. Vendrás conmigo porque te conviene. No olvides que puedo hacer saber a Carossi que has intentado traicionarlo.

—Me imaginaba que harías algo así.

—Ese dinero, ¿es fácilmente alcanzable?

—Podría serlo para un hombre decidido, y si yo le quisiera ayudar.

—Hablares de eso más tarde.

Hizo una pausa.

—¿Has oído hablar de cierto proyecto de estafa... en una subasta?

—¿Esa chica te habló ya de ello?

—Tú estabas enterada, ¿no?

Karen asintió.

—Los oí. Sí. Estoy enterada.

—¿Carossi piensa verdaderamente en ello?

—Al parecer, sí. Ha hablado varias veces de ello.

—¿Con quién? ¿Sólo con Victoria?

—Y con los otros. Al principio hubo oposición. Una obra de

Cellini no se falsifica tan fácilmente, pero él asegura que con que pase la subasta y en el último momento se le dé el cambiao, la cosa resultaría. Los convenció, al parecer.

—¿Has traído coche?

—Sí.

—¿Corre?

—Lo que se le pida.

—Vamos.

Le tendió el gabán y ella se lo puso por los hombros. Leslie se fijó en ese detalle. Podría fácilmente desprenderse de la prenda dejándola caer, y entrar en acción. Y él la había visto en acción.

Llegaron a la calle y subieron al coche. Ella puso el motor en marcha.

—¿Dónde?

—A la calle de Madison.

—Esa es la dirección de esa chica.

—Sí. ¿Piensas que podrías llegar antes que ella?

—Nos lleva casi diez minutos de ventaja. No lo sé. Pero podemos probar. Lo que no sé es lo que quieres...

—Conduce, y aprisa.

Lo hizo, vaya si lo hizo. Un par de veces, Leslie hubo de agarrarse a los asideros en una curva. Por fin embarcaron Madison y pasaron rápidamente ante el 1.242. No había ningún «Chevrolet» verde en la puerta entre los coches aparcados.

—Continúa hasta el final de la calle.

Lo hicieron y luego regresaron más lentamente. No estaba el coche.

—No ha llegado aún —dijo Karen.

—Aparca y esperemos. Un poco más allá, cerca de la esquina.

Encendió un cigarrillo cuando ella silenció el motor.

—Esperaremos un poco —dijo.

Pasó la mano sobre el hombro de Karen. Esta permaneció quieta.

—No soy Carossi —dijo Leslie.

—Lo sé. Ni yo una fulana cualquiera. Te lo advierto.

—No me abrazaría a una fulana cualquiera.

Ella volvió la cara hacia el detective.

—¿Has creído todo lo que te he contado?

—Creo que sí. Al menos el esquema general. Lo que no sé es por qué me elegiste a mí. ¿No conoces a alguien que pudiera haberte ayudado?

—No. Carossi ha procurado que tuviera la menor cantidad posible de amigos. Cuando te vi en el Makubwa comprendí que podrías ser..., si conseguía verte de nuevo.

Leslie la atrajo hacia sí. La cabeza de la muchacha fue a parar sobre su hombro. Durante unos instantes no hablaron.

Luego, la besó. La respuesta fue cálida y espontánea. Leslie no se engañaba en estas cosas.

CAPÍTULO VII

MIRÓ su reloj a la lumbre del cigarrillo.

—Ha tenido tiempo de sobra para llegar —dijo.

Luego, de pronto, brutalmente:

—Were ha muerto. Está muerta en casa de Justin Stone. Alguien le ha enredado al cuello un pañuelo de seda y ha apretado.

No había soltado a la muchacha. Sintió cómo el cuerpo de ésta, junto al suyo, se ponía tenso. Contaba con la sorpresa, y la había sorprendido.

—¿Tú la has visto?

—La he visto. Y Stone me había asegurado antes que había matado a Tress porque lo había sorprendido con Were.

—Esa chica..., ¿lo sabe? Me refiero a la muerte de Were.

—Llegó a la casa cuando yo estaba allí. Sí, lo sabe.

—¿No has avisado a la policía?

—No. Pienso descubrir el enredo antes. Podría verme en una situación difícil si les diera por suponer que he sido yo. Y tengo que descubrir dónde está Stone. Y ahora, ¿qué sabes tú de eso?

—Nada.

—Si la historia de Stone es cierta, alguien tuvo que llevarse a Tress de la casa de Were. Y ese alguien tuvo que ser Were..., con ayuda, por supuesto.

Ella se separó.

—La cosa se está poniendo caliente. Tress, Were...

Leslie golpeó la mano izquierda con el puño derecho.

—Tengo que encontrar a Justin. Sabe demasiado y

probablemente por eso ha huido. Tengo que encontrarlo antes de que sigan ocurriendo cosas.

—Maurin —dijo ella en voz baja—, queda Maurin.

—¿Sabes dónde vive?

—Por cierto, me hizo visitar su estudio. Era cuando creía que tenía algo que hacer conmigo.

Hizo una pausa.

—¿Qué han hecho por ti esta noche? Alguien ha hecho algo por ti. Un tal Bill.

Leslie había ido ya demasiado lejos como para detenerse.

—Si resultas no ser lo que aparentas, Karen, cargarás con las culpas.

—Bueno, eso esperaba cuando fui a verte.

—He hecho registrar la caja fuerte de Carossi para recoger los pagarés de Victoria. Esa parte de la historia era verdad, al menos. Había pagarés y copias.

—¿Eso has hecho? ¿Por qué? ¿Tanto te interesa ella?

—En cierto modo. Y, por otra parte, quería ver lo que Carossi guardaba allí. Y el hombre al que envié encontró algo más, pero no ha podido decírmelo.

—Y tú le dijiste que no pusiera en el correo los pagarés, sino que los llevara a su casa. ¿Quieres guardarlos como prueba?

—Sí.

—Creo —dijo ella lentamente— que yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar. ¿No sientes interés en saber qué es lo que ese hombre encontró?

—Por supuesto, pero puede esperar. Estoy más interesado en saber lo que ha sido de Justin y en lo que estará haciendo Victoria ahora.

—Una vez sabiendo que Carossi no tiene los pagarés, puedo decirte lo que estará haciendo. Al menos, tengo una idea.

—¿Maurin?

—Eso mismo. De lo contrario hubiera llegado ya a su casa.

—Conduce. Llévame a casa de Maurin.

—Si Carossi llama al Makubwa

—Cuando no te encuentre, hará algo, ¿no?

—Sí, por ejemplo ir allí. Y quizá abrir la caja. Y pensará que fui

yo.

Leslie estuvo a punto de soltar una carcajada. Se convirtió en un carraspeo salvaje.

—No hagas eso —dijo ella—. Pareces un animal.

—Lo siento. Has cortado las amarras y yo mismo te he ayudado. Ahora tenemos que continuar juntos.

—Eso parece —respondió ella, poniendo en marcha el coche.

Atravesaron casi toda la ciudad. Curiosamente, la dirección estaba relativamente cerca de la casa del propio detective. De la parte semicircular del Stadium de los Tigres, partían varias callejuelas tranquilas, algunas de las cuales eran simples impasses, que acababan en el parque. Junto a la entrada de uno de ellos, Karen detuvo el automóvil.

—No quiero entrar en la calleja. Es difícil dar la vuelta luego —dijo.

—¿Cuál es la casa?

—La última. La que tiene tejado en punta.

Leslie miró, asomándose por la ventanilla. Había una luz en una de las ventanas altas.

—Hay alguien despierto. Y creo que allí está el coche.

—¿Vas a entrar?

Leslie continuaba mirando.

—Quiero acercarme —dijo tensamente—. Quiero cerciorarme de que lo es.

—Iré contigo.

Leslie se volvió a mirarla.

—¿No prefieres quedarte aquí? Así podrías huir, si lo quisieras.

—No deseo huir —respondió ella con serenidad—. Hemos ido demasiado lejos, te digo, como antes dijiste tú.

—Vamos, entonces.

Se apearon y ella cerró el coche. Luego caminaron bajo la lluvia hasta llegar a la puerta de la casa. En efecto, el «Chevrolet» verde estaba aparcado en la callecita.

—Está arriba —dijo Leslie.

La puerta estaba cerrada. La casa era de dos pisos. La luz brillaba en el de arriba.

—Colócate donde no puedan verte.

Ella se pegó a la fachada de la casa. Leslie sacó sus ganzúas y probó. Un momento después la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes.

La oscuridad era absoluta. Tanteando, penetró en el interior. La joven lo seguía.

Y de pronto, todo se iluminó violentamente.

Leslie parpadeó.

—No se mueva —dijo una voz.

Leslie podía ver ya. Frente a él había un hombre con una automática en la mano. Era alto, de pelo rojizo y barba corta.

Y detrás de él estaba Victoria Jones.

—Póngase contra la pared —dijo el hombre—. Y tú también, Karen. ¿Qué mil diablos haces aquí?

—Así que estabas muy cansada y te ibas a dormir, ¿eh? —preguntó Leslie a Victoria—. No eres mala actriz, pero no me engañaste ni un solo momento.

—Este..., yo...

—Cállate. No le respondas —replicó Maurin, acercándose a Leslie—. Karen, te he hecho una pregunta.

—Hay preguntas para todos —dijo Leslie—. Deje ese revólver, Maurin.

—¿De veras lo cree?

—Esperaba a otra persona, ¿verdad?

—Cállese. ¿Sabe que podría meterle una bala en la cabeza y luego decir que había asaltado mi casa?

—No diga idioteces. Más vale que deje la pistola y que hablemos.

—No tengo nada que hablar con un maldito metomentodo.

Leslie lanzó una mirada oblicua hacia Karen. Esta sonreía al devolverle la mirada.

—Escucha, Leslie —dijo Victoria—. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho, pero más vale que dejes el asunto. John, es lo mejor, ¿verdad?

El codo de Leslie tocó ligeramente el de Karen. Ambos se comprendieron. La pistola de Maurin apuntaba directamente al detective, pero no cubría a la joven báltica.

Y ésta actuó. Como lanzada por, una catapulta, cayó sobre

Maurin, dándole al tiempo un golpe en el brazo. La pistola cayó al suelo.

Leslie le dio un revés en la cara al hombre y lo tiró contra la pared. Luego se agachó rápidamente, recogió la pistola y la apuntó hacia el otro.

—Bueno, se acabaron las tonterías, Maurin. ¿A quién esperaba usted?

El escultor lo miraba con un odio casi vesánico.

—Váyase al diablo.

Leslie se volvió a Victoria.

—¿Crees de veras que te iba a enviar los papeles? No lo hice. No podías engañarme continuamente. Me di cuenta de ello a tiempo. Esos pagarés están en buenas manos. Bill no los ha soltado.

Ella hizo un gesto. Parecía agotada.

—Bueno, como quieras. No puedo hacer nada, ¿no?

—Sí, decirme a quién temíais.

—A Carossi. Probablemente querrá matarnos.

—¿Por qué iba a querer mataros?

Fue Maurin el que contestó:

—¿A usted qué diablos le importa?

—No fuimos nosotros. Tuvo que ser Carossi.

—Escuche, imbécil. Parece no querer darse cuenta de que hay un muerto o dos en el suelo. Y que cuando la policía los descubra, alguien va a pagar duramente por ello. ¿Qué es lo que pensaban ustedes hacer? ¿Huir? ¿Huir de Carossi?

—Sí —dijo Victoria.

—¿Quién mató a Were?

Leslie sopesó la pistola. Luego dijo:

—¿Cuándo se celebra la subasta?

—Pasado mañana.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué Carossi había de matar a Were?

Maurin se encogió de hombros. Había cambiado una larga mirada con Victoria. Leslie miró su reloj de pulsera.

—¿Dónde pensaban huir?

—A usted no le importa —dijo Maurin.

—Victoria, me has estado engañando parte de la noche, pero creo que eres una mujer inteligente. ¿Dejabas tu empleo en Harvester y huías con este hombre? ¿Con qué dinero? ¿Lo tenéis?

—¿Y usted por cuenta de quién trabaja? —retrucó Maurin.

—Por cuenta de Stone, al que engañaron ustedes. ¿No se lo ha dicho Victoria?

—Escucha —dijo la muchacha, casi suplicante—, ¿no podrías olvidarte de todo? Estamos en peligro. Carossi quiere acabar con todos nosotros. Tenemos que huir. Vine a decírselo a John, y él está conforme. Debemos marcharnos cuanto antes.

—¿Antes de la subasta, incluso?

Nuevamente aquella mirada. Leslie asintió.

—En efecto, querías llevarte la estatuilla verdadera, ¿no? Podrías venderla en algún sitio. Pues bien, una vez que Harvester hubiera levantado la liebre, ya no habría quien quisiera comprarla.

—En eso te equivocas —dijo Karen con su tono preciso de voz—. Siempre habría algún caprichoso que la compraría aunque no pudiera enseñarla a nadie. Si se la llevan, podrían venderla, no lo dudes.

—Comprendo. Verán, me he visto metido en un asesinato y posiblemente en dos. No quiero que nadie pueda relacionarme con un robo así. Voy a avisar a Harvester.

Hizo una pausa.

—Si ustedes quieren largarse, huir de Carossi, háganlo. Pero no se van a llevar la estatua.

Miró a Victoria con aspecto ligeramente divertido.

—Con que no querías perder el empleo en Harvester y Harvester, ¿eh? He visto a muchas mujeres hacer cosas extrañas, pero ésta se lleva la palma. ¿No comprendes que en cuanto vendierais la estatuilla este tipo se desharía de ti? Y por cierto, usted es escultor, Maurin. ¿Ha hecho usted la copia de la estatuilla?

—Váyase al diablo.

Leslie se estaba preguntando dónde residía precisamente la personalidad que Victoria había atribuido a Maurin. Hasta ahora éste no había hecho más que enviarlo al diablo. Ni siquiera se había colocado en la postura lógica. O estaba aterrado o Victoria lo había sobreestimado.

—Vamos a acabar con esta farsa —dijo duramente—. No voy a permitir que se lleven la estatua, pero tampoco quiero que Carossi se salga con la suya. ¿Dónde está la estatua falsificada?

—Carossi la tiene —respondió Victoria.

Una campanilla comenzó a sonar en la cabeza de Leslie. Se trataba de la llamada telefónica de Bill.

—¿Tienen teléfono? —preguntó.

Maurin indicó el piso de arriba con la cabeza.

—Vamos, suban ustedes delante. Karen, cierra la puerta.

La muchacha la abrió y echó una ojeada a la calle.

—¿Estás inquieta?

—Sí. Carossi puede venir de un momento a otro. Y no quiero que nos coja desprevenidos.

—Hay arriba una ventana desde la que se ve la calle. Desde allí podrás vigilar. Vamos.

El estudio, amplio, estaba lleno de trabajos de Maurin. Leslie les echó una ojeada distraída. Luego, sin dejar de observar a la pareja, y mientras Karen se asomaba a la ventana, marcó el número de casa de Stone.

Durante casi un minuto sonó el teléfono. Luego colgó. Llamó a casa de Bill, y la voz de éste contestó casi inmediatamente:

—Leslie al habla. Escucha, Bill, ¿qué me querías decir cuando colgué antes?

—Quería decirle que había un objeto en la caja, además de los pagarés, mister Andover. Y quería decirle también que los pagarés...

—El pagaré.

—No, señor. Los pagarés. Había varios originales, por un valor de casi diez mil dólares. Luego estaban las copias.

—Comprendo. Y ahora, ¿qué había más?

—Una estatua, señor Andover. Una cosa como un tipo en cueros y que parecía de plata.

—¿La cogiste?

—Señor Andover...

—¿La cogiste?

—Sí, señor. No para beneficiarme, sino por si acaso le podía servir a usted de algo. Si no, con volverla a enviar... Es de plata, le

digo.

—Comprendo, Bill. Guárdalo. Todo. Te lo pediré por la mañana. Colgó.

—Así que eran diez mil los que le debías a Carossi.

—Siete. Me cobraba tres mil de más.

—¿Y para qué querías los pagarés si es que pensabas fugarte?

—No lo pensaba cuando te ofreciste a devolvérmelos. Fue John quien me dijo que teníamos que marcharnos.

Se volvió al escultor.

—John, por el amor de Dios, habla.

Maurin apoyó la cabeza en las manos.

—Estuve hablando con Carossi esta noche. Lo encontré raro. Me dijo que Stone había matado a Tress, y que parecía ser la hora de disolver la sociedad. Como él tiene el dinero que le sacamos a Stone, comprendí que lo que quería era largarnos a todos, o asustarnos hasta hacer que nos marchásemos. Pero, en todo caso, teníamos que hacer algo. Largarnos o ser muertos.

—A Carossi le interesaría más que ustedes se marchasen. De esa manera las culpas podría cargarlas sobre ustedes. Comprendo. ¿Qué ha sido del cadáver de Tress?

—Me dijo que lo había sacado de la circulación. Were le había obligado a hacerlo.

—Y luego él mató a Were —dijo Leslie—. Por el amor de Dios; Carossi en estos momentos debe estar haciendo alguna cosa. Tiene que hacerla. Si dejaba el cadáver de Tress en casa de Were, todo acusaría a Stone. Pero si lo sacaba, no sería tan fácil cargarle las culpas. Luego...

Cerró la boca. Miró a Karen. Esta le había estado escuchando. Asintió.

—Creo que sé lo que piensas —dijo la báltica—. Sí, creo que sí. Y me parece que tienes razón.

Leslie se volvió hacia Maurin.

—La situación es bastante más grave de lo que usted cree. Carossi anda detrás de sus cabezas y ya no se parará. Necesita silenciarlos.

—¿Cree que no lo sé? Pero no me dejaré degollar como una oveja. Antes de que me hagan algo, mataré a Carossi. Como se me

ponga delante, lo mataré.

—¿Qué podemos hacer, Leslie? —preguntó Victoria.

—Lo que puedes hacer... Yo te diría que te entregases a la policía.

—No —dijo Maurin—. Nos marcharemos.

—¿Dónde está el dinero que le sacaron a Stone, Maurin?

—Yo... no lo sé.

Leslie captó la mirada que le dirigió Victoria al escultor.

—Si lo intentan, Carossi acabará con ustedes. Olvídense de ese dinero. Por otra parte, no pienso dejarles que se apoderen de él, Maurin. Pertenece a Stone, y volverá a él. Y ahora, acabemos; váyanse a alguna parte o entréguense a la policía. Quizá lo mejor sería que se quedaran aquí. Pueden defenderse si logran que ellos no entren.

—Y usted, ¿por qué no avisa a la policía? —preguntó el escultor.

—Razones personales. ¿Qué van a hacer por fin?

—Tengo miedo —dijo Victoria.

Leslie estaba pensando rápidamente.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—. Vais a ir a mi casa.

—¿Por qué habríamos de hacer eso?

—Carossi no os buscará allí. Es el lugar más seguro. Y no entra nadie sin que yo quiera.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Buscar a Stone y a Carossi.

Los dos se miraron.

—Bueno —dijo Maurin.

—De acuerdo —respondió Victoria.

CAPÍTULO VIII

ABRIÓ la puerta de la casa y penetraron todos en ella.

—¿Un trago? —preguntó.

—Sí —dijo Maurin—. Palabra que lo necesito.

—¿No vendrán a buscarnos aquí? —preguntó Victoria.

—Pudiera ser, pero no conseguirían entrar —respondió Leslie. Estaba preparando el whisky, en la cocina, con la puerta entornada.

—¿Qué haces con este hombre? —preguntó Maurin a Karen. Esta se encogió de hombros y el escultor pareció furioso.

—Tú eres uña y carne con Carossi.

Karen volvió a encogerse de hombros, como si no le interesase siquiera responder.

—¿Es que te has encaprichado de ese tipo?

—Cállese, Maurin —dijo Andover, apareciendo en la puerta de la cocina—. Cállese, o le cierro yo la boca. Su amiguita Victoria no ha hecho más que lanzarme polvo a los ojos durante toda la noche. Si hubiese hablado claro, quizá las cosas no estarían ahora así.

Les dio los vasos. Victoria vaciló al coger el suyo, con la mirada clavada en la del detective.

—No quería engañarte, pero... estaba cogida en un cepo.

—Déjalo. Beban. Escucha, Victoria, la puerta de entrada no puede abrirse si no es con la llave que yo tengo... desde fuera. Pero si alguien intentara entrar y no se identificase, podéis defenderos.

—Si me deja usted el arma que me quitó, sí —dijo Maurin.

—Se la dejaré.

Sacó el revólver, le quitó los cartuchos y se lo tendió a Maurin.

—Pero ¿y los proyec...?

—Se los daré tan pronto me vaya a marchar. No quiero que le pase por la cabeza alguna mala idea.

—Necesita usted un lavado de cerebro.

—Procure que no le lave yo la barba, imbécil.

Se miraron desafiantes. Fue el escultor quien bajó los ojos primero.

—Está bien. Karen, ¿estás dispuesta?

—Ya —dejó su vaso y se puso en pie. Alta, fuerte, con el pelo casi blanco de puro rubio.

Leslie Andover se puso la trinchera y se dirigió a la puerta. La abrió y lanzó los cartuchos al suelo.

—Recuerden. No abran a menos que el que quiera entrar se identifique.

Cerró la puerta tras de sí y los dos jóvenes bajaron la escalera rápidamente. Entraron en el coche de Karen y la muchacha puso el motor en marcha.

—A casa de Stone, ¿verdad?

—Exacto,

—¿Qué es lo que esperas encontrar, además del cadáver de Were..., si es que está allí?

—No lo sé, pero tengo una idea.

Le pasó un brazo por sobre los hombros. Ella lo miró con curiosidad.

—¿De veras consideras que ese dinero es de Stone?

—¿Es que tú no...?

—Lo es, en efecto. Bien, otro hermoso sueño que se desvanece.

—Lo deseabas mucho, ¿verdad?

—Lo que deseaba eran las posibilidades que me ofrecía de salir de este maldito marasmo. Y terminar mi carrera de Medicina.

Leslie la acercó más hacia sí.

—Esta noche se decidirá de todas maneras. Ya has quemado las naves. Y no veo por qué no puedes terminar la carrera.

—¿Con qué dinero?

—Yo no me defiendo mal. Gano lo suficiente como para mí y para otra persona. Incluso si esta persona tiene que estudiar.

Ella sonrió.

—¿Quieres decir que me ayudarías? ¿Un préstamo?

—No. Una inversión. Te estoy pidiendo que vengas conmigo.

—¿En calidad de inversión?

—¡De esposa, maldición! ¿Es que no eres capaz de entender?

—Quería oírtelo decir, simplemente. Es muy pronto para decidir. Ya te dije que los hombres no me atraen tanto como para ligarme a uno sin saber...

Leslie Andover le tapó la boca con la suya. Durante un siglo permanecieron pegados uno a otro.

—Vamos, pon en marcha este maldito coche o déjame conducir a mí.

Rodaron por las calles absolutamente vacías y silenciosas.

—Cuando llegues ante la casa, no te pares. Continúa, hasta la próxima esquina. Son todo hoteles.

—Lo sé. Estuve una vez con Carossi en ella.

—Stone es un caprichoso. Me niego a creer que no te hiciera alguna proposición.

—¿Eres celoso?

—No, pero defiendiendo la propiedad privada con toda clase de armas. Te lo prevengo.

—No me hizo ninguna proposición. Were le tenía marcado como cosa propia, y no permitía la menor competencia.

Habían llegado. Ella pasó la casa y llegó hasta la esquina. Todos los hoteles tenían garaje propio, así que apenas había coches en la calle. De súbito, Leslie se incorporó en el asiento. A través de la cortina de lluvia que continuaba cayendo había visto algo.

—¿Qué es ello? —preguntó Karen. Había pisado el freno, suavemente. Llevaba las faldas recogidas para mejor conducir y ello permitía ver sus muslos redondos y fuertes.

—Simplemente, mi coche —respondió él.

—¿El que se llevó Stone?

—Sí. No tengo otro. Eso quiere decir que ha vuelto a su casa.

—Exacto. Y debe estar dentro.

Pararon. Leslie se apeó y se dirigió a su coche. A la luz acuosa de reverbero vio que una de las aletas aparecía abollada. Stone debía haberse golpeado con algo. No era extraño, en el estado en

que se encontraba cuando Leslie lo perdió.

Volvió al coche de Karen.

—¿Vas a entrar conmigo?

—¿Pensabas que no lo haría?

—No lo sé, pero me gustaría que permanecieses fuera, por si llegaba alguien, pero no podrías avisarme sin descubrirte. Entra. Pero...

Sacó la pistola.

—Hasta que estemos seguros de que no hay peligro, permanece tras de mí.

Ella cogió el bolso y hurgó en él.

—¿Servirá esto?

Le enseñaba una diminuta pistola automática. Leslie la cogió. Una magnífica muestra de la industria japonesa.

—No la utilices. No quiero que mates a nadie. Ni que lo hieras. Déjame eso a mí, ¿quieres?

—No conoces a los tipos a los que Carossi puede llamar. Son los guardianes de su garito. Sé que llevan pistola y sé que han hecho cosas...

—Bueno, tampoco me has visto a mí actuando. Límitate a no interponerte entre el peligro y yo.

Le dio un rápido beso.

—Vamos.

Levantó la anilla de la puerta del jardín y enfilaron silenciosamente el camino de gravilla. Una profunda oscuridad los envolvía. La mano de Karen se agarró al faldón de su trinchera y así llegaron hasta el porche.

La ganzúa magnética entró silenciosamente en el ojo de la cerradura. Andover levantó el brazo izquierdo y apartó a la joven. Luego empujó la puerta, no violentamente, pero sí con la suficiente fuerza como para evitar que alguien quedase escondido tras de la hoja.

Esta tocó la pared con un ligero baque.

Andover pasó, empujando a la muchacha para que no entrara aún. Caminó recordando la posición de los muebles para no tropezar, pero su pie entró en contacto con un sillón. No hizo demasiado ruido, pero no recordaba ese mueble colocado en ese

lugar precisamente.

Se detuvo y escuchó. Nada. Y se sabía a sí mismo capaz de descubrir el sonido de una respiración si hubiera alguien cerca.

Luego, fue hacia el arranque de la escalera y volvió a tropezar.

Oyó la puerta que se movía y comprendió que Karen había entrado, pero no se atrevió a hablar. Y sólo entonces encendió la linterna eléctrica.

Esta iluminó rápidamente los escalones, mientras la mantenía separada de su cuerpo. Luego la volvió hacia atrás. Karen estaba en el centro del salón y llevaba la pistolita en la mano.

Ella se puso un dedo en los labios.

Lo alcanzó y subieron lentamente, pisando con cuidado cada escalón para que no crujiesen.

Llegaron al piso de arriba. Las puertas de las habitaciones estaban abiertas.

Y Leslie comprendió que había encontrado lo que estaba esperando oscuramente.

Justin Stone estaba a los pies de la cama en la que yacía Were. Alguien le había metido una bala en la cabeza.

Karen, a su lado, respiró pesadamente.

—También —dijo en un murmullo.

—Era de esperar. Bien, aguarda aquí.

Revisó el resto de la casa, rápidamente. No había nadie más en ella.

Volvió al cuarto y se inclinó sobre Justin. El cuerpo de éste estaba tibio aún. No caliente; tibio.

Examinó el cadáver. Tenía las ropas manchadas de vómitos, húmedas. La cabeza despeinada, los ojos muy abiertos. La bala le había entrado por la sien derecha y debía encontrarse aún incrustada en el cráneo.

—No creo que Carossi quiera hacer pensar a la policía que estos dos se han matado mutuamente —dijo Leslie—. Por lo tanto, en su caso yo intentaría sacar los cadáveres de aquí.

—Y eso quiere decir que va a volver.

—Probablemente. O a enviar a alguien si él no quiere mancharse las manos.

—¿Por qué no se habrán llevado ya los cadáveres?

—Cualquiera sabe cuáles son sus mecanismos mentales. Tal vez quiera encontrar antes a Maurin y a Victoria.

Se volvió hacia la muchacha báltica.

—Karen, hay algo que no te he preguntado, pero tú debes saber. Esta noche vino alguien a esta casa. No sé si era el asesino o no, pero llegó cuando estaba yo en ella. Cuando estábamos Victoria y yo. Y ese alguien nos disparó después de iluminarnos con una linterna. ¿Quién?'

Ella lo miró con gesto de sorpresa.

—Lo ignoro, Leslie.

—Sabía que estábamos aquí. O, al menos, que había alguien dentro de la casa.

Ella movió la cabeza.

—Si lo hizo Carossi, yo no lo sé, Leslie. Es que... ¿Es que no me crees?

—Tú deberías saber quién fue.

—Pudo ser cualquiera de los hombres que Carossi emplea. ¿Cómo no se oyeron los disparos? Este lugar es demasiado tranquilo. Hubiera debido oírlos alguien.

—Empleaba un silenciador. Tal vez... Tal vez vio un rayo de luz por entre las cortinas. Llegó, abrió la puerta con una llave y nos enfocó una linterna. Tenía una llave... y un silenciador.

—Yo he visto uno de esos chismes. Es como un cilindro escamoso, ¿no?

—Sí.

—Lo tenía uno de los hombres de Carossi. Yo se lo he visto.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Sam. Vigila el juego en la sala de la ruleta. Es alguien del Este o de Chicago, no lo sé bien.

Leslie la cogió por los hombros y la sacudió violentamente.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Ella le entregó la mirada. Pero Leslie sabía que los ojos muy azules suelen ser inexpresivos. La apartó.

—Te creo. Necesito creerte. Cuando la policía sepa lo que ha ocurrido, tendré que decirles la verdad, necesitaré a alguien que me apoye...

Su voz fue bajando de volumen.

—Karen, ¿dónde vive Carossi? ¿Has estado en su casa?

—Dos o tres veces. Vive en Lane.

—Eso está al otro lado del río, en la zona que hay cerca de la montaña, hacia Valley.

—Sí. Pero no quería que fuese allí demasiado frecuentemente.

—¿Qué has tocado?

—Sólo el picaporte de la puerta... Espera, toqué la barandilla de la escalera.

—Es de madera pulida. Hay que limpiarla. Vamos, hemos de darnos prisa. Yo no he tocado nada.

—¿Qué piensas hacer...? ¿Ir a casa de Carossi?

—Él tiene que hacer el primer movimiento. Tiene que deshacerse de estos cadáveres. La mujer podría haber sido eliminada por Stone, pero dos cuerpos... No, tiene que hacerlos desaparecer.

—Hay una solución, Leslie.

—¿Cuál? Tal vez la misma que yo estoy pensando.

—Llamar a la policía anónimamente y decirles que los cadáveres están aquí.

Leslie la miraba sonriendo torcidamente.

—¿Y qué harías tú? ¿Volver con Carossi y esperar a que la policía le preguntase?

—No lo sé. Probablemente, no. Marcharme. Puedo defenderme como masajista. No tengo obligación de continuar en esta ciudad.

—¿Como... masajista? No lo necesitarías con el dinero.

Ella hizo un movimiento de impaciencia. Lo reprimió.

—Te dije dos veces que para coger el dinero necesito la ayuda de alguien. No puedo hacerlo sola. No, lo dejaría.

Leslie sacó el pañuelo, se envolvió la mano con él y tomó el auricular. Ella lo miraba hacer impasible.

Leslie comenzó a marcar con la punta de su lápiz. Ni un solo músculo de la cara de la mujer se movió. Leslie colgó.

—Al infierno. ¿Dónde está el dinero?

Era la segunda parte de la prueba. Y ella no vaciló.

—Carossi no podía colocarlo en su cuenta corriente.

—Sí, el fisco se le hubiera echado encima.

—Entonces lo pensó bien. Alquiló una caja fuerte en un hotel donde se suele hospedar. El dinero está allí, y el hotel es el Sheraton. La caja es la 503.

Respiró profundamente.

—Ahora ya lo sabes.

Sí, Leslie lo sabía. Estaba ahora razonablemente seguro, impulsivamente seguro también, de que ella no lo había engañado.

—Vamos —dijo—. Ese dinero pertenecía a Justin Stone. Ahora está muerto, pero no nos pertenece, Karen. No lo vamos a tomar. Sólo lo que yo considero que él me debe por esta noche, en la cual me he jugado a cara y cruz mi licencia y quizá hasta la cárcel. El precio por mi trabajo lo calculo en veinte mil dólares. Ni uno más. No hay carrera de Medicina, por cara que sea la Universidad elegida, que cueste más. ¿Conforme? Has de decirlo ahora. Sí o no.

—Es tu dinero.

—Y yo lo transfiero. Una inversión, ¿no recuerdas?

Karen asintió.

—Acepto. Lo consideraré como un préstamo.

—Vete al infierno. Me gustaría que mi mujer fuera médico.

—¿Tu... mujer?

—Sí. ¿Algo que oponer?

Movió la cabeza silenciosamente, en sentido negativo.

—Pues bien, vamos.

Apagó la luz y bajaron la escalera alumbrándose sólo con la linterna.

Llegaron a la puerta. El jardín estaba solitario.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—A casa de Carossi. Pero primero pasaremos por el Makubwa.

CAPÍTULO IX

KAREN abrió la puertecilla trasera con su llave. El corredor estaba iluminado por una solitaria bombilla.

—¿Duerme alguien más, aquí?

—Sí. Un hombre. Un sereno nocturno. Un antiguo boxeador.

—¿Peligroso?

—Fuerte aún, pero medio sonado.

—¿Dónde?

Hablaba con la boca pegada a la oreja de la muchacha. El perfume de ésta lo enervaba. Pero no era el momento de entretenerse.

—Vamos. ¿Puede saber él dónde está Carossi?

—No lo creo. Hace una ronda cada dos horas. Está a punto de hacerla.

—Vamos.

Llegaron al pasillo. Karen apretó la oreja contra una puerta.

—Está levantado —dijo sin ruido, moviendo los labios.

Leslie sacó la pistola.

Luego, empujó la puerta.

Un hombre en camiseta, con los pantalones desabrochados, los miró.

—Karen...

Leslie le pegó fuerte en la mandíbula con la punta del arma. El hombre se desplomó.

—Coge lo que necesites. Supongo que tendrás algunas cosas.

—Lo imprescindible. Nunca he reunido gran cosa. Sabía que

esto era algo transitorio, o al menos así lo pensaba.

Entraron en la habitación de la muchacha. Recogió ésta sus cosas, y las metió en un maletín de piel de cerdo.

—Yo estoy dispuesta.

—Vamos entonces.

Volvieron al cuarto del boxeador.

—Trae una botella de whisky.

Ella obedeció. Leslie la vació sobre el hombre. Luego salieron. El Makubwa cerró definitivamente sus puertas tras de ellos. Así, al menos, lo esperaba Leslie.

Se detuvieron junto al coche de Karen.

—Vamos, conduce.

Ella se volvió hacia Andover.

—Primero bésame.

—Lo haré, pero no como quisiera. Vamos, guía. Te prometo cuando haya acabado todo...

—No prometas.

—Puedo cumplir lo que prometo.

—Prefiero que lo hagas, no que lo digas.

—Tengo que llevarme el coche de aquí.

—¿Qué piensas hacer con aquellos dos que tienes en tu casa?

—¿Piensas de veras que permanecerán allí? Les dije que nadie podría entrar, pero no que ellos no pudieran salir.

Soltó una risa seca.

—A estas horas te apuesto lo que quieras a que han desaparecido y están camino de cualquier parte. No serán ellos los que declaren ante la policía.

Ella no respondió.

—Vamos a mi casa. Conduce tú el tuyo y yo el mío. Quiero dejarlo ante mi puerta.

Llegaron en pocos minutos. Andover descendió de su coche y ascendieron la escalera. Cuando llegó ante la puerta, golpeó ligeramente el entrepaño.

—Soy Leslie —dijo.

Ninguna respuesta.

Abrió y encendió la luz. Nadie en el salón. Miró en el

dormitorio y en la cocina y se volvió hacia Karen.

—¿Lo estás viendo?

—Sí.

—Entonces..., vamos a casa de Carossi.

Cruzaron el río entre una lluvia que crecía las aguas espumeantes.

Luego, el camino comenzó a ascender.

Pasaban ante quintas boscosas, rodeadas de bajas tapias de piedra y ladrillo. Pasadas éstas, los prados del Valley se extendían ante ellos.

—Es muy cerca ya.

—Dejaré el coche aquí. Prefiero que no nos oigan llegar. Nos vamos a mojar, Karen.

—Mi tierra es pantanosa. Llueve mucho y nieva.

—¿Y cría muchas mujeres como tú?

—Algunas.

—¿Qué especialidad elegirás cuando termines tu carrera?

Ella sonrió. Andover pudo verlo a la luz del salpicadero.

—Algo que allá en Rusia es muy frecuente. Aquí, no tanto. Medicina deportiva.

Bajaron del coche. La lluvia era una cortina que tornaba invisibles los objetos.

—Sígueme. Hay que saltar una valla. Pero es baja.

La saltaron. Luego, un camino enarenado, lleno de charcos. Por fin, la casa. Había luz en una de las ventanas.

—Supongo que no tendrás la llave —susurró él.

—Por supuesto que no.

—Es igual.

Llegaron a la puerta. Estaba incrustada en un marco profundo y era de madera. Leslie sacó la ganzúa y la sopesó.

—¿Qué me encontraré —preguntó— una vez que haya abierto?

—Un salón.

—Hazte a un lado.

Ella le puso la mano sobre el brazo.

—No, entraré yo. Luego tú. Cuando sea necesario.

Leslie comprendió que tenía razón. No le dispararían a ella.

—Hazlo, pero no te entretengas. Voy a entrar inmediatamente detrás de ti.

Sacó la llave y ella llamó con los nudillos.

Hubo un silencio denso, opresivo.

Luego, la ventana se abrió.

—Soy yo, Karen —dijo.

—¡Maldita gata alegre, zorra refugiada...!

—Tengo que hablar con usted, mister Carossi. Han ocurrido varias cosas.

—Lo que haré será...

Las obscenidades se seguían unas a otras como una ristra. Andover apretó las mandíbulas.

—¿Va a abrir o no, mister Carossi?

—Claro que voy a abrirte.

Y la puerta giró. Karen penetró en el interior.

Y Leslie Andover detrás de ella,

Era un salón muy amplio, con una chimenea al fondo, a la derecha. Estaba iluminado por dos lámparas de pie, y ninguna en el techo.

Carossi, vestido con un traje oscuro y una camisa oscura también, estaba en pie, en el centro de la sala. Y había dos hombres con él.

Al ver a Andover, los tres se inmovilizaron. Uno de ellos estaba corriendo la cortina de la ventana desde la que habían hablado.

—Usted...

—Más vale que no se muevan —dijo Andover secamente—. Ustedes, al suelo, y a cuatro patas. ¡Vamos, rápido!

Los dos hombres que acompañaban a Carossi tenían puestas gabardinas oscuras. Miraron a su jefe.

Leslie no se detuvo ni un instante. Tenía que meterles miedo o podían comenzar a ocurrir cosas.

Dio dos pasos hacia uno de ellos y lo golpeó con la punta de la pistola.

—¡Al suelo, imbéciles! ¡A cuatro patas!

Carossi parecía la viva imagen de la rabia.

—¡Traidora, zorra barata...!

Los dos hombres estaban ya en el suelo, en aquella indigna postura,

—Karen, cubre a Carossi. Ve a esa puerta y ciérrala.

Se refería a la puerta que daba al interior del resto de la casa. La joven corrió hacia ella y la cerró. Luego se volvió hacia Carossi, cubriéndole con la pistola japonesa.

Leslie Andover apuntaba a los otros dos. En aquella postura sería muy difícil que pudieran ni siquiera intentar sacar un arma o atacar.

—Y ahora..., vamos a hablar.

Se enfrentó a Carossi. No olvidaba que el otro se movía ágilmente.

—Karen, desármalo.

Carossi se volvió hacia la joven. Esta estaba ya junto a él. Le echó un brazo al cuello y lo derribó limpiamente. Luego se inclinó sobre él y le quitó una pistola del bolsillo de la chaqueta.

—No tiene más —dijo.

—Karen, te permito que te cobres los insultos.

Karen levantó la mano, con el canto apuntado hacia Carossi.

—No, no lo desmayes.

—No pensaba hacerlo. Pensaba...

Lo cogió por la nuca y le hizo algo en el cuello. Carossi aulló de dolor intolerable.

—Exacto —dijo Andover—. Y ahora, ¿hay alguien más en la casa? Una mentira y Karen le volverá a masajear.

—No... No hay nadie —respondió el otro con un hilo de voz—. Nadie más.

—Si no es cierto, no le va a salvar nadie. Hablemos. Ha matado usted a Were y a Stone. ¿Dónde está Tress? No quiero oír ni una sola condenada mentira.

—Escuche, podemos arreglar esto.

—Cállese o Karen comienza de nuevo. ¿Dónde está Tress?'

Carossi lo miró. La mano de Karen fue hacia su cuello. Con el rabillo del ojo, Leslie comprobó que los dos esbirros no se habían movido aún.

—Está... en el río... Muerto.

—Bien. Usted, Carossi, va a escribir una confesión.

—¿Piensa entregarme a la policía?

—Por el momento, necesito su confesión. Y después va a venir con nosotros. Con Karen y conmigo.

—¿Para qué?

—El dinero de Stone. Lo quiero.

—Yo... Maldición... Lo he gastado.

—Karen...

Un aullido de loco.

—¡Basta! —¿Vendrá?

—Yo... Este... sí.

—Karen, ponlo en pie y que vaya escribiendo. Ahí, sobre esa mesa. Todo, Carossi. Fíjese bien que digo todo. La estafa a Stone y las muertes de Tress, Stone y Were. Y quién los mató directamente.

—Stone fue quien mató a Tress.

—No me importa. Prefiero cargarlas a su cuenta. Vamos, rápido.

Sostenido por Karen, Carossi fue hasta la mesita. Sacó un bolígrafo del bolsillo y comenzó a escribir. Cuando terminó, Leslie cogió el papel.

—¿Lo has leído todo, Karen?

—Sí. Es exactamente lo que tú querías.

Leslie se guardó el papel.

—Ahora, Carossi, óigalo bien. Vamos a ir al hotel donde tiene usted reservada la caja fuerte. Y vamos a sacar el dinero.

—Oiga, ¿qué va a ser de nosotros? —preguntó uno de los guardaespaldas.

—Su amo se lo dirá. Karen, cógeles la documentación.

Leslie se aproximó a los dos hombres, cubriéndoles con su pistola. Ellos sacaron lentamente sus carteras y la joven tomó sus tarjetas de seguridad social y los permisos de conducir.

—Bien. Carossi, vamos.

Desarmó a los dos hombres, sacó las municiones de los revólveres y se les quedó mirando.

—¿Cuál de vosotros me tiroteó en casa de Stone?

Uno de ellos movió ligeramente la cabeza.

—¿Tú, eh?

Le golpeó en la cara y lo tiró contra el suelo.

—La policía se encargará de vosotros.

Cogió a Carossi por un hombro y lo empujó hacia la salida.

—Karen, pínchales las ruedas a los automóviles. Toma.

Le dio su navaja, en la que figuraba un largo y fuerte punzón de acero.

La joven se dirigió al garaje y volvió al cabo de un momento.

—Ya está. Y he arrancado el cable del teléfono.

Subieron en el coche de Karen y colocaron a Carossi entre ambos. Aprisionado entre los fuertes cuerpos, el del jugador parecía muy pequeño.

—Escuche, amigo, podemos llegar a un arreglo...

—¿Para qué? Lo tengo a usted de rodillas.

—Si me denuncia a la policía, usted se verá metido en el fregado.

—¿Con su confesión firmada en el bolsillo? Vamos, no me haga reír.

—Podemos repartir el dinero...

—Karen, si vuelve a hablar, dale.

No hablaron más hasta llegar al Sheraton. Leslie detuvo el coche.

—Carossi, va a entrar con nosotros y a pedir la llave de su caja fuerte. Ni un solo movimiento, ni una palabra fuera de eso, o le rompo todos los huesos.

Entraron. El conserje nocturno los miró con ojos de búho. Reconoció a Carossi al momento.

—Buenas noches, señor. ¿El departamento de costumbre?

—No —dijo Carossi—. Quiero la llave de mi caja fuerte.

—¿Ahora mismo?

—Sí, claro, ahora. ¿No me ha oído?

—Por supuesto, por supuesto. Bien, aquí la tiene, señor.

Carossi cogió la llave.

—¿Algo anda mal, señor?

—Nada. Nada en absoluto.

Penetraron en el interior. Bajaron dos grupos de escaleras y llegaron al departamento de cajas fuertes. El gerente, avisado seguramente por el portero nocturno, apareció en bata y pijama.

—Mister Carossi, ¿alguna cosa...?

—Nada, nada, Johns. Sólo quería comprobar una cosa.

Johns lo miró dubitativo. Andover apretó su mano contra el costado de Carossi.

—Puede usted dejarnos, Johns. Todo está de acuerdo.

Johns se retiró. Carossi abrió y sacó un maletín de ejecutivo, aplastado y negro.

—Ábrelo, Karen —dijo Leslie en voz baja.

La joven miró a Carossi. Este sacó una llave de su llavero y se la tendió.

Karen abrió el maletín. Estaba lleno de fajos de billetes de cien dólares. Volvió a cerrar.

—Vamos —dijo Leslie—. Carossi, lleve usted su maletín.

Llegaron de nuevo a la conserjería. Carossi saludó al conserje y al gerente con la mano y salieron. Llovía de nuevo. Entraron en el coche.

—¿Dónde? —preguntó Karen.

Andover pensó durante un instante.

—A casa de Maurin.

Carossi levantó la cabeza.

—¿Por qué? —parecía resignado ya a la pérdida del dinero—. ¿Por qué a casa de Maurin?

—Carossi, usted intentó matarlos a ellos también, a Victoria y a Maurin. Quería quedarse con todo. Pero esos dos han huido.

—Tanto me da. Con lo que tiene usted en el bolsillo... Que se vayan al diablo.

Hizo una pausa.

—¿Me va a entregar a la policía? Quédese con el dinero y yo me callaré lo que sé.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de Karen. No es letona, sino...

—Ya lo sé.

Leslie entrecerró los ojos.

—No fue usted mismo quien mató a esa gente. Quiero decir, por su propia mano.

—No, claro que no. Fue Sam. Usted tiene sus documentos.

—Pues... consiga que la policía lo crea. Habrá perdido el dinero, pero quizá logre salvarse.

El otro lo miró rápidamente.

—¿Puede dejarme cerca de mi casa?

—Sí, puedo.

—Vaya hacia allá.

* * *

Leslie guiaba el coche rápidamente, a través de las calles vacías aún. Pero pronto comenzaría el tráfico. Los repartidores de leche, los obreros de la Watkins... Karen se volvió hacia él.

—¿De veras vas a dejarlo en libertad?

—¿Tú qué crees? Por ti haría cualquier cosa.

Ella movió la cabeza.

—Tarde o temprano lo cogerán y entonces hablará. Leslie, creo que te equivocas.

—No, pero quería oírtelo decir.

Detuvo el coche, le pasó el brazo por encima de los hombros y durante un instante se unieron sus bocas.

—Voy a ir a ver al teniente Struthers. Y le vamos a contar la verdad. Lo que ocurra en el juicio es algo que ya no puedo prever. Pero Struthers nos creerá, eso sí puedo asegurártelo.

Hizo una pausa.

—Y va a ser ahora mismo. Carossi, usted está listo.

Puso en marcha el coche y lo dirigió hacia la jefatura de policía.

* * *

Hubo un tenso silencio mientras el juez dictaba la sentencia:

—Karen Pakula, este tribunal la considera a usted culpable de haber entrado en los Estados Unidos con pasaporte falso. El hecho de haber observado buena conducta durante su estancia en el país influye en la pena que debemos imponerle. Seis meses de reclusión no necesariamente en una cárcel. Hay...

Hizo una pausa y hojeó los papeles que tenía ante sí.

—Existe una persona que se hace responsable de que durante ese tiempo no vulnere usted las leyes del país. Por tanto, queda en libertad condicionada, bajo la caución de mil dólares.

Karen inclinó la cabeza. El abogado de Leslie Andover dio las gracias al tribunal y salió con Karen y Leslie.

El teniente Struthers esperaba en la salida.

—Andover, tenemos que charlar un rato.

—Bueno, teniente, ¿podríamos hacerlo ante unos vasos?

—Considere mi presencia como oficial, Andover.

—Bueno, hable.

—Por tanto, beberé solamente un jugo de tomate.

Ante las bebidas, Struthers dijo:

—Leslie, condenado metomentodo. Carossi insiste en que el dinero que había en el maletín eran millón y medio de dólares. Exactamente un millón cuatrocientos cincuenta mil dólares. Y sólo hemos hallado un millón cuatrocientos veinticinco mil.

—¿Va usted a hacer caso a Carossi, teniente?

—Tengo que comprobar todos los hechos, Andover. ¿No se habrá usted quedado con algo de dinero? Recuerde; conserva su licencia gracias a que yo lo he querido así.

Leslie lo miró seriamente. Estaban los tres en el bar del Collingwood. Las miradas de los hombres se fijaban con insistencia en las piernas de Karen. Pero ésta parecía no notarlo.

—Teniente, ¿está loco?

—No, pero... Carossi insiste.

—Bien, ¿qué quiere que haga?

—Un solo gasto superfluo y va usted a la cárcel, Andover.

Estaba sorbiendo su jugo con una paja.

—¿Entendido?

—¿A qué llama usted un gasto superfluo?

—A comprarse un «Packard» o alquilar un departamento caro.

—Bien, pues póngame a los talones un par de esbirros y vigile mi cuenta corriente.

—Y queda otra cosa.

Bebió un nuevo sorbo.

—Andover, usted sabe cuál era su obligación. No lo hemos llevado ante un juez porque nos ha permitido meterle el diente a Carossi, pero si vuelve usted a incurrir en lo mismo, a ocultar pruebas...

—Durante tres horas, teniente. Sólo durante tres horas.

—Me es igual tres o cinco. Si vuelve a hacerlo, su licencia estará

en el tejado. ¿Ha entendido? Le cuelgo la galleta.

—Sí.

—Miss Pakula, un oficial del Departamento de Inmigración estará pegado a usted durante un año. Lo sabe, ¿verdad?

—Por supuesto. Pegado. ¿Quiere decir viviendo en mi casa?

El teniente la recorrió con la mirada.

—No, y es una lástima para él. Pero tengo amistades en el departamento y procuraremos que el encargado de vigilarla no sea demasiado duro. Pero no se mueva de la ciudad.

—No, claro que no.

—No cometa ninguna infracción, ni de tráfico ni de ninguna otra clase.

—No, por supuesto.

—Ya le entregarán una lista de las cosas que no puede hacer. Y verá que son bastantes.

—Por supuesto.

—Y se olvida de una cosa, teniente. Que yo también cuidaré de mi esposa.

Struthers lo miró.

—¿No les ha extrañado la lenidad del juez?

—Reconozco que sí.

—Ello se debe a Harvester y Harvester. Se asustaron tanto cuando supieron que podrían haberles dado el cambiao a su estatuilla de Cellini, que pidió clemencia para las personas que le habían hecho saber a lo que había estado expuesto. Y, además, pidió que no se le mencionase en el juicio. El juez consideró que no era necesario, y aceptó no apretar las clavijas. Y ahora...

Se puso en pie.

—Diviértanse.

—No se preocupe, lo haremos. Primero nos casaremos y luego... El resto no le importa a usted.

—Bueno, pero una persona de imaginación, como yo...

Sonriendo, salió del bar.

Andover cogió el brazo de Karen.

—Vamos. Nos esperan.

Y, con los cuerpos juntos, salieron.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España